



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

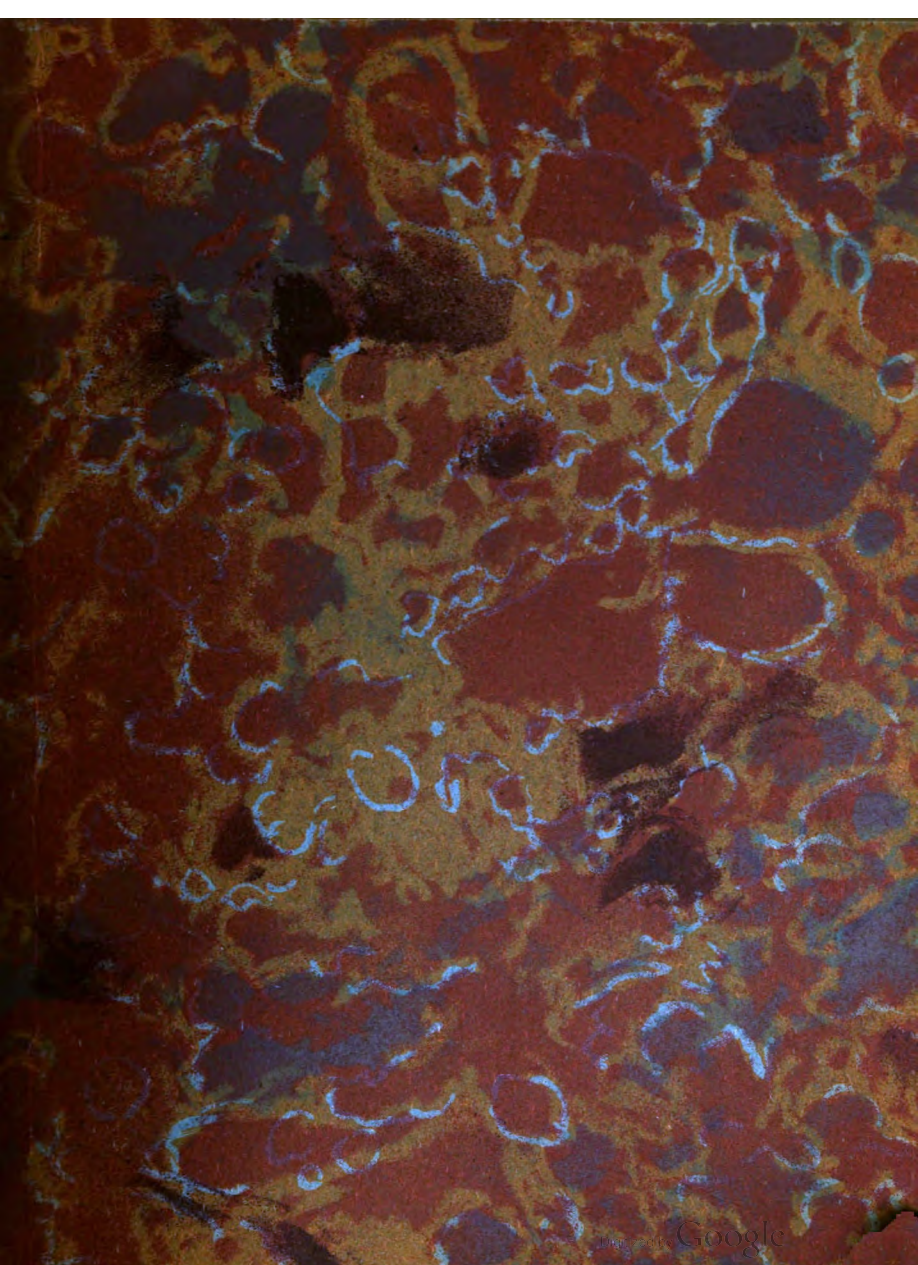
UC-NRLF



⌘B 185.707

YC180495

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA



N.
1184

LOS
TEMPLARIOS
Ó
RELIQUIAS DEL ARCHIVO
DE LA ORDEU.

NOVELA HISTORICA TRADUCIDA DEL ALEMAN

POR

D. Juan Mariano Lârsen,

BUENOS AIRES.

LIBRERIA DE PABLO MORTA,

Calle Bolivar, antes Sta. Rosa, N. 54; frente al Colejio.

1860.

RELIQUIAS DEL ARCHIVO

DE

LOS TEMPLARIOS

ADVERTENCIA.

Esta obrita se dió en Junio de 1851 en los primeros números del “Agente Comercial del Plata” y la Redaccion la recomendó en los términos siguientes.

“Ofrecemos al público en la parte Folléin, la interesante novela traducida espresamente del alemán, para el *Agente*, por nuestro colaborador D. Mariano Lársen. El gusto de esta obrita, sus pensamientos sublimes, y con especialidad el mérito de su difícil traduccion, esperamos la harán aceptable á nuestros suscritores, á quienes se la ofrecemos como una prueba de que la redaccion no omitirá trabajo ni dispendio que esté á sus alcances, para recompensar la favorable acogida que les ha merecido.”

H. Correa

RELIQUIAS DEL ARCHIVO
DE
LOS TEMPLARIOS.



NOVELA HISTORICA

TRADUCIDA DEL ALEMAN

POR

D. JUAN MARIANO LARSEN.

BUENOS AIRES.

Imprenta de Mayo, calle de Belgrano núm. 107.

1860.

PT1799
A1H427
1860

PREFACIO.



Esta novela se dió á luz en aleman el año 1811 sin nombre de autor; pero es muy interesante; en ella campear por dó queria la sublimidad y delicadeza de imaginacion, un aroma suavisimo de misticas perfecciones en el altar del sufrimiento espiatorio, y sobre todo esa union inefable y consoladora de la fé con otros deberes no menos sagrados; pero en la parte histórica supone á su lector muy instruido y conviene suplir á esto.

Trátase de un episodio de la segunda cruzada. El ilustre Godofredo de Bouillon que habia conquistado el Santo Sepulcro y casi toda la Palestina enfermó en Joppe y murió en Jerusalem el año 1100. En ese momento Balduino reinaba en Edesa, Bohemundo en Antioquia, Tancredo en Galilea, pero las ciudades de Cesarea, Tiro, Ascalon, Alepo, Damasco, no estaban en poder de los Cruzados; el Emperador Griego reclamaba la conquista y los Sarra-

cenos estaban tan numerosos y entusiastas como al principio.

Balduino elegido rey por los Barones, cedió Edesa á su sobrino Balduino del Burgo, y vino á ceñir en Jerusalem la corona de Godofredo. Bohemundo sorprendido por los turcos fué llevado en cautiverio, y envió al Rey de Jerusalem una mecha de sus cabellos en señal de dolor. Nuevos Cruzados llegaron á Constantinopla en tres ejércitos sucesivamente y con los condes de Nevers, de Bourges, de Poitiers, el duque de Baviera y el Margrave de Austria; pero los griegos cristianos de Constantinopla se entendieron en secreto con los Turcos contra los Cruzados; el mayor número de estos perecieron; algunos penetraron hasta Balduino, quien, ayudado sucesivamente de los Pisanos y Genoveses, y sobre todo de los diez mil hombres del Noruego Sigurdo hijo de Magno III, se hizo fuerte en Palestina. El pérfido Emperador Atejo Comneno murió en 1118, el mismo año que Balduino. Su sobrino Balduino II, rey de Jerusalem, apenas ascendió al trono fué capturado por los infieles, lo que no impidió la conquista de Tiro por los Venecianos.

Bajo el reinado de este Balduino II surgieron las dos Ordenes militares que hasta el fin de las cruzadas fueron la mas útil milicia del Reino de Jerusalem, es decir, los Hospitalarios y los Templarios. El Hospital de San Juan, fundacion de unos mercaderes de Amalfi, en que figuraron hermanos sirvientes, clérigos y caballeros de armas, traian manto negro y en el pecho una cruz blanca de ocho puntas, y estos son los que despues se llamaron tambien caballeros de Rodas y de Malta, y entraron en posesion de los bienes de los Templarios, suprimidos

y harto rigurosamente castigados por el Papa y Felipe el Hermoso, à quien es justo sin embargo eximir del cargo de avaricia.

Los Templarios fueron así llamados por una tradición segun la cual el edificio que Balduino les habia dado habia formado parte del antiguo templo de Salomon, y por eso tambien se llamaban Caballeros del Temple, soldados del Cristo, milicia de Salomon y milicia del Templo de Salomon. El traje de los Templarios era manto blanco y cruz roja. Su organizacion la conocerá el lector recorriendo esta obra, cuyos acontecimientos pueden colocarse entre esta época y la del gran Saladino.

En cuanto al Viejo de la Montaña ó Principe de los Ismaelitas, es el nombre que tomaba el Sultan del Irak. Los fanáticos sectarios de Ali-Hassan recibieron por corrupcion el nombre de Asesinos de este fundador suyo y no del breverage árabe el haschich como lo quiere Levi-Alvarez (tomo 2 p. 139). Los Viejos de la Montaña se sucedieron durante 172 años. Los Asesinos vestian traje talar blanco con bandas rojas. Tenian aterrados á los cristianos con la alevosia de su puñal y con la sangre fria de sus horribles homicidios en las personas de mas importancia, y con la estension de sus tentativas cuando fueron destruidos por los Califas. Nuestro autor ha pintado admirablemente el caracter ó mision política del Viejo de la Montaña.

Esta obra puede ser leida por toda clase de personas adultas: en sus pájinas la religion católica se ostenta en toda su luz como doctrina superior á los vaivenes de la impremeditacion y consiguiente abatimiento, y en toda esa libertad espiritual á la que no se opone el cielo, esto es, el cielo segun la ciencia. El

católico Raimundo, su hermana y su amante tambien, han apurado el caliz de los sinsabores, y, sin mas vocacion, hacen los votos religiosos, votos pesados y origen de incesante protesta despues que el tiempo mitigó los males haciendo renacer la esperanza; pero no tratan de exonerarse de ellos sino acudiendo á la legítima fuente del poder de ligar y desligar las conciencias segun la declaracion y órden terminante, anecea al encargo evangélico (Joh. c. 20 v. 21.) Tambien encierra lecciones de la mas alta importancia acerca de la necesidad de llorar sobre la ceguedad voluntaria, sobre el sistemado furor á sangre fria de aquellos hombres que organizan el entusiasmo juvenil con medios religiosos para fines temporales, explotando esa sensibilidad, ese noble y sencillo ardimiento, esa carencia de sensatez propia de tal época de nuestra vida. El amor á su vez tampoco se presenta aqui sino envuelto en formas ideales y en pureza de intento, y casi con un velo místico, á tal punto que me inclino á conjeturar que no sea ello quizá mas que una furtiva ó confidencial efusion de alguna alma retirada del mundo que haya querido bajo el anónimo consignar un verídico recuerdo de las propias borrascas de su corazon.

En cuanto á la deficiencia de los detalles históricos, se ha de tener presente que es asunto muy secundario en el plan y en el objeto moral de esta composicion.

En suma, aqui hay muchas lágrimas, y hay mucha sinceridad, y sin mas que eso, un libro tiene lo suficiente para hacerse leer.

J. M. Lárson.

RELIQUIAS DEL ARCHIVO

DE

LOS TEMPLARIOS.



A los iniciados y á los que no lo son.

Lo que es santo y verdadero, es sagrado para todos. Si así no fuera, la santidad existiría simplemente en la imaginación de unos pocos adeptos sin influencia.

Pero , aquello que abraza lo finito con un vigor infinito, y en todos los tiempos lo arrastra consigo y lo representa en su perpétuo giro; aquello que es concebido, pero no aprendido ni heredado; aquello que une la vida á lo que vive y alumbra la existencia en el espacio; aquello que surge del desconocido centro bajo mil radiaciones y bajo millones de formas en que se conoce y adora al Eterno Unico, eso es lo sagrado y lo verdadero.

La primavera produce sus flores y el tiempo dá las suyas. La vida ha producido sus frutos y toda-

via continuará produciéndolos, cuando ya para los inmortales, esos frutos aparezcan tan solo como flores.

Este mundo caerá algun dia, cual marchita flor del árbol del universo; y todas sus épocas aparecerán cual unas tardes de Pasion seguidas de una mañana de Pascua, las cuales vienen al encuentro del gran siglo hácia el que los santos se aproximan cada vez mas, sin jamás llegar á verlo.

Lo que contienen estas páginas son mómias de una primavera en que solo pueden recrearse aquellos que tengan la dicha de ser iniciados por las numerosas borrascas del tiempo en esos siglos de barbarie que mejor se han conocido y conservado.

Lo que en ellas vive es invisible: invisible como la ficcion en la poesia, como el arte en sus obras, que solo es sentido por una alma avezada en sus secretos. Para el profano y el extraño puede la poesia hacerse historia y la alegoría del arte perderse en la forma. Cada cual sacará de ello lo que quiera ó lo que pueda.

1.

Súlamis y Raimundo.

Los ojos fuertemente implantados sobre una piedra sepulcral, Raimundo estaba de pie á la en-

trada del claustro, perdido en sí mismo y del todo absorto en sus reflexiones.

Era tarde, y la mayor parte de los religiosos se entregaban al descanso. El pálido y argentino disco de la luna apuntaba ya al través de los bariolados cristales de las ogivas, en el momento mismo en que sus nebulosos rayos ondulaban hasta la tumba frente de él, junto á la cual empezaba á divisarse el busto de una joven consagrada á Dios.

Retrocedió espantado Raimundo; pues tan fijamente se habian implantado sus ojos en la piedra que no habia visto nada.

Otros asuntos le ocupaban. En su interior el huracan hervía con vehemencia.

—Tan distraído? noble caballero! murmuró melodiosamente cerca de él una voz de mujer.

—Cómo! eres tú! Y te atreves á venir á este sitio, Súlamis?

—Nadie me ha visto; nadie me ha detenido.

—Huye! Si te encontrasen, si te encontrasen aquí, conmigo, y sola!

—Al instante me voy, desde que tenga la respuesta de que vienes á mi esta noche. Yo te espero con delirio, y mi madre cuenta todos los instantes.

—Dile que voy, al momento voy; pero por amor de Dios! aléjate.

—Súlamis te aguarda bajo el follage de los mirtos, cerca de los olorosos jazmines.

La bella forma se desvaneció, y de un modo apenas sensible al oído deslizó su ligero rastro junto á la plataforma de los sepulcros, dejando en soledad los magestuosos arcos de la bóveda del claustro.

Raimundo le acompañó con la vista, mas no se atrevió á seguirla. ¡Cuán fácilmente podían descubrirle y toda era perdido!

—Ah! que haya pretendido pisar fuera de tú esfera, oh libre y santa naturaleza! Sí, yó era un hombre; era un hombre libre y bueno. Quise ser mas que hombre y he llegado á ser menos! Mas entretanto, lo infinito prosigue su sempiterno juego con lo finito; quiere arrastrarlo consigo, aunque él permanece en su lugar; y el medio día viene encima. Eternamente de la mañana á la tarde recorres tú tu carrera, ¡oh santo sol! en el sempiterno curso del día. La serpiente entre las yervas del suelo vé algo brillante que revoletea en el límpido azur y salta tras ello y no puede alcanzarlo, y vuelve á enroscarse en su acostumbrado sitio.

2.

**La noche de Mayo.—Las estrellas.
El espejo de agua.**

Despavorido huyó de allí, impelido por un

poder tan violento, como si lo espantasen los muertos, que desde la ceniza de sus cuerpos y desde la podre de sus sepulcros miraban hácia él con relucientes ojos de buho.

Arrojó en su celda los hábitos de la Orden que le eran tan pesados, y se sintió mas ligero al salir del recinto del Temple en traje particular, por escondrijos que le eran familiares. Caminaba incógnito y con el corazon mas alegre por las calles de Jerusalem, que poco á poco se habian hecho mas y mas silenciosas. Los quehaceres del dia habian dado lugar á los paseos nocturnos del dulce y furtivo amor. Una fresca brisa del Mediterráneo snavizaba los ardores del hirviente pecho del jóven, y la noche de Mayo con sus misteriosas palabras y con su mundo de luces y aromas hablaba al alma del amante. Sus ojos, humedecidos por el dulce rocío de la humanidad, miraban hácia el azul de las eternas estrellas, sin fijarse siquiera en las brillantes lámparas que alumbraban el crapuloso castillo. Su pecho se dilataba bajo los perfumes de los naranjos y mirtos, de los lirios y rosas; y su oído escuchaba el murmullo de las palmeras suavemente mecidas por la brisa de la noche y por el gimiente unísono ruido del torrente que vá de la fuente Siloé al próximo valle.

La puerta privada del jardin estaba abierta; los bosques de rosas que lo rodeaban, reunidos á la

multitud inmensa de flores y plantas que contenia, respiraban el amor y exhalaban sus mas suaves aromas.

Desde una fresca gruta salió la conocida argentina voz de Súlamis, simulando el onduloso estremecimiento del oropel. Los ruiñeñores llamaban á sus hembras bajo el ruidoso follage de los tupidos olmos. Embriagado de amor se sentó cerca de ella en el blando poyo de musgo, abrazóla con entusiasmo, y besos de fuego se encontraron sobre los insaciables lábios.

—Tú eres mio, mio! Raimundo, esclamó Súlamis, olvidándose á si misma en el vértigo de su ardiente amor; aun cuando el mundo con fria espada separe nuestros corazones, nuestros espíritus se volverán á confundir en una sempiterna armonia. Emanados de un oceano de luz, volverán á refluir al eterno origen de donde procedieron. Mira como á nuestros pies el espejo de agua refleja en si mismo las estrellas! Tú no puedes ver su fondo de tierra; pero sí la imájen de lo infinito en su cristal, que es la figura de nuestra existencia. Nosotros no vemos su hondura, ni debemos mensurar su piso, si el fondo es un sepulcro sin límites y el piso una segura muerte. Mas eso que está delante de nosotros y que nos alumbra como estos relucientes hijos de la noche de Mayo, eso es lo alto y lo sagrado, á lo que siempre propendemos y lo que debemos conservar puro en nuestra alma serena, así

como el claro espejo de agua refleja las estrellas y la rápidamente pasagera noche de Mayo sus siempre radiosos y consoladores hijos.

—Tu amor es sabiduría, amada Súlamis, exclamó Raimundo entusiasmado; porque ella había acertado á tocar lo mas sagrado que en él existía, aunque adormecido bajo el imperio del deber y de la obediencia, cual duerme la chispa de fuego en el frio pedernal.

—Puedes tú sin amor concebir la sabiduría? replicó ella vivamente. Eso es cabalmente lo que separa vuestra existencia de lo que vive; porque vuestra fria sabiduría no ama ni arde, y es cual éco de una hueca garganta, ó cual el resplandor de un dia que ya pasó. Vosotros huis la luz del sol y la haceis reverberar con espejos dentro de vuestras tinieblas, Pero ¿de qué os sirve su radioso disco sobre la negra tierra? Le contemplais asombrados y temblando; y si pretendieseis alcanzarlo, su fantasma retrocediendo cederia el lugar á las sombras de vuestras propias manos.

Súlamis calló un rato. Sus dedos recorrían maquinalmente las notas de una música abrasadora, y los de Raimundo los bucles de la encantadora y sábia jóven sarracena.

El Turcopolista.

—Mi madre! exclamó Súlamis, retirándose asustada y desprendiéndose de los brazos del Templario.

—Es tu amante? preguntó aquella con una voz agoviada por el pesar y las lágrimas.

—Aquí estoy, madre, respondió Raimundo alargándole su trémula mano.

——Cristiano! Caballero! Templario! Hombre! ¿Con que sagrado título debo conjurarte? Dónde están mis dos niños, mi Helim y mi Assad? Has tenido una madre? Has amado á la que te dió el ser? Ah! si te has condolido de sus dolores, si has acompañado sus lágrimas con las tuyas, oh! yo te conjuro, dime donde están Helim y Assad? Tú lo sabes... tú debes saberlo.

—Madre! querida madre! cómo puedo yo?..

—Tus pretextos son pobres y frios. Aun ayer al medio dia estaban los dos niños jugando en la calle junto á la puerta de la casa, y cuando quise llamarlos para la oracion, habian desaparecido. Llorando y afligidos los buscamos por todas las calles de Jerusalem; pero en vano. Esa es una proeza de vuestros cólegas de creencia, los niños han sido robados y por los de vuestra Orden! . . .

—Me ultrajais.

—Por el amor de mi hija perdonad á una madre que se desespera, y no es ya dueña de su lenguaje. Pero volvedme mis dos hijos

En aquel momento entró Abdallah, padre de la hermosa Súlamis, respetable anciano, encorvado por el peso de los años, y mas encorvado aun por los cuidados y por el destino. La pérdida de sus dos últimos hijos, tan llenos de esperanza, amenaza su cana y trémula cabeza, que desde la desaparicion de sus dos primeros hijos se inclina hácia el sepulcro para precipitarse en él sin tardanza.

—Hijo mio, Allah es justo! Allah es misericordioso! Reciba él mi saludo en la mansion de la calamidad. Pero tú de qué te afliges? Tu has hollado bajo tus pies las leyes de la humanidad; la alegría y amargura de un padre te son desconocidas. Nunca habrás tenido la dicha de mecer en tus brazos una criatura querida. Pero tu amas y eres un hombre tu armadura no ha hecho tu corazon inaccesible á los sentimientos sagrados de la naturaleza. Hace un mes, ya lo sé, tu Orden te ha elevado á la dignidad de Turcopolista. Si tu aspiras, por su medio, á un mas alto grado entre los hombres, es cosa que no sé, ni puedo creerlo. Tu empleo tiene obligaciones horribles: robar niños turcos, venderlos, y hacerlos educar cristianamente en lugares secretos. De nuestra propia carne y sangre formais vosotros nuestros enemigos, y enviais á la pelea el hijo con-

tra el padre, el hermano contra el hermano. Nada quiero decir del destierro que preparais á los niños desde que los arrancais á la recta creencia de sus padres, pues sobre esto no podría ni pretendiera yo persuadirte. Ni tampoco quiero echarte en cara que criais á los niños en vuestra creencia, puesto que juzgais ser esta la mejor y que ella sea la única verdadera. Pero que embrutezcáis esos jóvenes y sensibles corazones; que procureis inspirarles odio y furor contra la creencia de sus padres (pues los turcos cristianos son tan acérrimos enemigos de los buenos creyentes como los cristianos naturales) eso es lo que no puede excusarse de modo alguno. ¿Hay, pues, un vínculo mas dulce que el del amor y de la sangre, el vínculo entre los ancianos y los niños? pues este lo rompeis vosotros. Y á despecho de todas las leyes divinas y humanas, vuestra austera Orden está acostumbrada á despedazar los lazos mas sagrados. Pero yo me olvido. Aquí tu no eres templario ni turcopolista, pues rindes homenaje al amor y vuelves á contraer los vínculos de la vida que tu inconsiderado voto quisiera romper, y no podrá hacerte. Como á un hombre, y como á un hombre que ama, yo te pregunto: ¿es justo que ejerzas tus horribles deberes de la Orden contra los hermanos de tu querida, contra los hijos de tu paternal amigo?

Una terrible lucha sufría Raimundo en su interior, pero nada contestó.

—Yo quiero hablar contigo tranquilamente, á lo menos en cuanto me lo permitan mi desesperacion, mis sentimientos paternos exaltados:—Como buen creyente, debiera odiarte, perseguirte! tu sangre toda debiera sacrificarse á tantas víctimas de nuestros correligionarios. Tú estas en mi poder; pero yo recibo hospitalariamente al hombre y olvidado al cristiano y al templario. Tú has amado á mi hija; eso seria horrible para cualquiera otro musulman; yo debiera hacerlo saber á tus superiores de la Orden, y serias emparedado; ó despues de azotado, te enviarian á San Juan de Acre en perpétuo cautiverio. Pero mi hija te ama apasionadamente, yo no puedo desgarrar su corazon, yo tolero vuestro amor, aun mas, Súlamis es tuya, y tesoros y joyas en abundancia. Deja la Orden y hazte un hombre y un padre feliz; solamente dime donde están mis hijos, yo no pido siquiera que me los restituyas, no; que la Orden señale un rescate; por fuerte que sea, yo los rescataré, y aun sobre esto quedará agradecido.

—Padre! si supieses qué luchas he tenido ya acerca de tus hijos

—Luego tú sabes de ellos? tú los tienes en tu custodia Allah es justo, Allah es misericordioso! El ha oido mis lágrimas de padre, y ha enternecido el corazon de este cristiano. Loado sea Allah! ah! muy bien lo pensaba yo que tu corazon no era inac-

cesible á las lágrimas de un padre, y al tan poderoso lenguaje de la razon. Oh! habla, ¿dónde están mis hijos! mujer! hija! abrazad sus rodillas

Subyugado por el sentimiento, y cansado de su lucha interior, cayó Raimundo en los brazos de su querida Súlamis. El deber y el amor contra el cual ya desde mucho tiempo luchaba con armas desiguales habian hecho una tregua. El sacrificio del deber de la Orden, de ese deber horrible lo habia consumado el dia anterior haciendo robar á los dos niños; pero la humanidad pedia ahora el suyo; pues, en medio de todos estos sacrificios que cumplia, era espiado por los templarios como un criminal. Y actualmente que el amor, y las lágrimas de una madre y las súplicas de un padre se colocaban en la balanza, el deber de la Orden quedaba muy abajo: el héroe era vencido por el hombre.

—Padre! madre! os devolveré vuestros hijos, sea cual fuere el resultado; consolaos; he de mover las rocas de su lugar, ó he de sucumbir como una victima. Mas tarde nos veremos.

Y se precipitó fuera del jardin.

El Santo Sepulcro. Resoluciones decisivas. Una escena en la sala del Capítulo.

Todavía era de noche. En su estado de inquietud Raimundo no podía ni quería volver al convento. Irresuelto como un ligero juguete de sus tempestuosos sentimientos, anduvo errante por las calles hasta llegar por último á la iglesia del santo Sepulcro.

—Aquí, exclamó, debía yo hallar reposo cuando en Inglaterra me engañaron de un modo tan torpe, cuando desterraron á mi padre, y arrancaron á un hijo los bienes paternos, y su propia querida. Ah!

Se golpeó la frente, cayó hácia atrás, y, tan espantoso fué aquel recuerdo que como trastornado por un rayo, quedó apoyado en una próxima columna, junto á la que un limon y un jazmin entremezclaban su fragancia.

—Estais enfermo, hijo mio? preguntóle un sacerdote anciano, que habia venido á bajar unos limones.

Raimundo que conocia á este respetable anciano le cogió la mano, diciendo: Mi buen padre, no estoy bueno.

—Pues toma uno de estos limones para refrescarte; es lo único que puedo ofrecerte.

—El fuego que me abrasa, buen anciano, no puede calmarse con el jugo del limón.

—Pasiones del alma?

—Es verdad.

—Pues vé á la iglesia: allí donde el redentor del mundo murió por todos los hombres: allí te has de reconciliar con tu propio interior: ora entre ti mismo. Traes un aspecto tan azorado y los ojos tan errantes como tu espíritu, que no puede detenerse en ningún punto fijo. Saldrás de la iglesia mas tranquilo. Dios te dé su bendición.

Raimundo entró en el templo. Pardas nubes lo rodeaban y sus masas opacas cubrían aun el altar y las columnas avanzando hacia fuera como si huyesen de la próxima llegada del crepúsculo de oriente. Las pisadas de Raimundo resonaron en el vasto recinto. Pavoroso, aunque con paso firme se adelantó hacia los sepulcros de los primeros reyes, Godofredo de Bouillon y su hermano Balduino. La vista de esos trofeos que ya en negras fantasmas se desprendían de las sombras le llenaron involuntariamente de horror, que pronto se mudó en una triste y serena contemplación.

—Hé ahí el premio del héroe! Pobre Godofredo, caramante has adquirido este lugar de reposo! y este Balduino, un año despues que Godofredo,

en este lugar sagrado, se negó á llevar una corona de oro donde su Salvador habia llevado una de espinas, pudo olvidarlo todo en los crapulosos placeres de su corte, y en los brazos de sus hermosas concubinas y su sepulcro brilla á la par de su piadoso hermano Renunciar y gozar: dos flores que se crían en el árbol de la voluntad humana, y el fruto de ambas se recoge solo en la imaginación.

Sentóse junto al sepulcro del piadoso Godofredo. 'Sus pensamientos tendían á una resolución decisiva.

—Y realmente, prosiguió Raimundo, ¿era bien hecho el dejar una miseria por otra? ¿qué he ganado? Desterrado, anduve errante con mi padre porque habia muerto al obispo en un legítimo desafío. ¿Qué parte tenía yo en este crimen? sin embargo sufrí la pena con mi padre. Ah, mi buen padre! cuando solo y abandonado de todos los hombres, en mis brazos, en medio de los montes, y en desiertos inhabitados, acabaste tu miserable existencia; cuando, llorando, cerré tus ojos socavados, y con mi espada te abrí un sepulcro donde no pude colocar mas recuerdo que un monton de piedras que te protegiesen contra los maltratamientos que tantas veces habias sufrido en tu vida. Ah! entonces me encaminé hacia Roma y traje rescate para ti. Volví á mi patria en clase de mendigo: hallé

mis bienes paternos en manos ajenas; mi Elisa, mi única esperanza, todo era perdido . . . perdido! . . . Renunciar ha sido mi destino desde la cuna; así es que vine aquí, tomé los hábitos de la Orden, soy uno de los principales de la excelsa Orden, y un mendigo como antes cuanto á quietud del alma y felicidad del corazón. En el vértigo de un amor sensual he procurado sofocar el recuerdo de mi Elisa, y he faltado á mi juramento, y he profanado la santidad. ¿Por qué tan horribles espectros de nuestra propia hechura andan en nuestro cielo que podíamos alcanzar por vías mas simples? Pero este es el niño que suspira por alcanzar la fruta imaginaria, dejando á un lado la que es real, que entretanto es arrancada por el jardinero, y el joven se vuelve sediento dejando la hermosa pintura, y busca la verdadera fruta que ya ha desaparecido; el mediodía ha pasado ya; el colorido de la imagen se ha desvanecido, y su paraíso se ha transformado en un cementerio.

Ya brillaba el sol de la mañana en la cima del templo: las columnas se revestían de púrpura: sus primeros rayos acariciaban el Sepulcro del Redentor: una hermosa mañana iluminaba las tumbas: las fantasmas huían; pero la luz permanecía luz! Excitado y vigorizado dejó el santuario, y se dirigió al convento donde ya los escuderos limpia-

ban los caballos, y se ejercitaban en varios juegos de armas.

— Os esperan, le dijo en voz baja el hermano Guido, encontrándole cerca de la capilla; en la sala del Capitulo os aguardan ciertos asuntos.

En un momento revistió los hábitos de la Orden y apareció en la sala Capitular donde se le presentó una escena inesperada. Una mujer estaba á los piés del Maestre, y sus lágrimas corrían sobre sus mejillas.

— Venerable Maestre! de vos y de vuestra excelsa Orden espero socorro, pues el Rey no me oye. Tres veces estuve ayer en el castillo del Rey. Allí resonaban los ruidos de alegría de una fiesta brutal: cantores y cantoras, harpas y toda clase de instrumentos, y el choque de las espumosas copas, y los vivas de los cortesanos embriagados: sus guardias me arrojaron á mí, pobre mujer, á las puertas del castillo.

— El rey no tiene tiempo de pensar en el bien de su pueblo, contestó el Maestre con irónica humildad, y por eso su generosidad nos ha legado este cuidado. Ved en que puede la Orden servirlos.

— Hace como tres días llegó un joven peregrino inglés á mi casa, cansado del viage, y de las privaciones del camino. Le di el hospedage que pude y repartí con él lo que tiene una pobre viuda, pues

ha dos años que mi marido murió en el combate de Ramelek. Era joven de buen nacimiento y deseaba entrar en vuestra excelsa Orden. Le representé que era un voto árduo y pesado y él todavía joven: los placeres de la vida estaban aun convidándole. Entonces se quedó callado, y después de un rato exclamó: Ningun placer queda ya para mí; y esto lo dijo con un tono que me llegó al alma. Parecía estar conmovido y no quise sondearlo mas profundamente. Algun tiempo después, luego que estuvo repuesto, deseó visitar un poco la ciudad. Era una linda tarde; yo tomé mis dos niños por la mano, y anduve con él por algunas calles. El aroma de las flores nos llamó hacia la Puerta. Apenas íbamos á sentarnos junto al sepulcro de la Madre de Dios, Vd. sabe, ese sitio es delicioso y las frescas brisas de la tarde soplan en las sombras de las crecidas palmas; empezábamos á gozar del dulce reposo y habíamos rezado un Ave-Maria cuando una tropa de sarracenos nos sorprendió por el lado opuesto á la lápida, y arrebataron violentamente al joven peregrino y á mis dos niños. Inútiles fueron mis lloros, mis esfuerzos y mi lucha. Me arrojaron al suelo y me golpearon de modo que quedé sin vida y sin movimiento. Un caritativo religioso que me encontró allí ayer por la mañana, tuvo lástima de mí, y me llevó á mi casa cargada en sus espaldas.

—¿Que edad tienen vuestros hijos? preguntó pensativo el Maestro.

—La niña Ismene tiene ocho años, y el jóven Conrado, siete no mas.

—Y no habeis conocido alguno de los raptos?

—Perdonad! en la confusion del susto no pude examinar á nadie, pero me pareció oir la voz del anciano Abdallah que goza del favor del rey, y tiene una hermosa hija, Súlamis....

—Ya! à tales gentes favorece su Magestad. Tranquilizaos, pobre muger. Id en paz á vuestra casa. Con todo, venid diariamente para que se os den los precisos alimentos y demas cosas necesarias, hasta que os mejoreis. La Orden cuidará del resente de vuestros hijos. Id con Dios.

Llorando y consolada besó la orla de la capa del venerable Maestro y se ausentó.

—Señores y hermanos! dijo este á la asamblea, hemos prometido proteger á los peregrinos, y la defensa de la Tierra Santa nos está encomendada por la Cristiandad. Mucho me sorprende el que vengan con quejas de esta clase ante nosotros, y que tan cerca de la Santa Ciudad sucedan raptos de hombres.... Sin duda, esta es la horda del anciano del monte, una tropa de asesinos que roba los niños cristianos para conducirlos al combate contra sus propios hermanos en religion.... Este asunto os

toca á vos, hermano Turcopolista; Abdallah será arrestado por vuestras órdenes, y también su mujer y su hija, hasta que confiesen donde han colocado al jóven peregrino y á los dos niños.

Raimundo queria oponer algunas dificultades.

— Vos sabeis vuestro deber, y vuestra obediencia al Maestre es ante todas las cosas.

Besó con humildad la mano del Maestre, y salió del Capitulo con la cabeza inclinada hácia la tierra para disimular la afliccion de su espíritu y las lágrimas que ya se deslizaban en abundancia.

5.

El paraiso.—El anciano del monte.

Esto no era lo que Raimundo esperaba. Habia ofrecido proteccion al padre de su querida, y ahora su deber le compelia á entregar en la cárcel á toda aquella familia, única bien que le hacia la vida soportable.

— Esto es mucho exigir de un corazon que todavía no ha ensordecido á la voz de la humanidad, exclamó, y estuvo á punto de abandonar su horrible empleo: pero reflexionando con mas detención co-

noció que solamente por él podían salvarse, y que en mano de cualquiera otro estaban perdidos.

Bajó instantáneamente al patio donde todavía estaban repartiendo pan entre los pobres; llamó á un mozo á parte y le dió una cartita para Abdallah en que le aconsejaba huyese.

El aviso fué inútil. Abdallah no huyó; aunque Raimundo habia demorado á su propio riesgo el arresto hasta cerca de mediodía.

Encontráronlo con los suyos, aun á la hora de la oracion, y cargados de cadenas fueron sepultados en la cárcel.

Por la noche, Raimundo pasó secretamente á verle:

—¿Por qué has descuidado mis avisos?

—Porque estoy acostumbrado á obrar abiertamente y desprecio todos los subterfugios. ¿Por qué estoy aquí?

—Una muger cristiana te acusa de rapto. Declara donde se hallan los niños, y serás libre.

—También un buen creyente te ha delatado como raptor de sus hijos. Yo los he reclamado de la Orden: que me devuelva ella mi Helim y mi Assad, y entonces los dos hijos de la viuda y el jóven peregrino volverán á ver la luz.

—¿Debias tú emplear violencia contra violencia? Tu conocias el dolor de un padre; sabias enter-

necerme, y con todo pudiste arrebatarme á una pobre muger su única alegría.

Yo solo fui cómplice en el rapto, Raimundo, lo confieso . . . todo mi ser lo repugnaba; pero la venganza tuvo tambien su parte y . . . la prudencia. Conviene encontraros en el mismo camino en que nos venis á buscar.

—Qué hace Súlamis?

—Lleva sus cadenas con paciencia, pues ella ama á quien se las puso.

—Abdallah! ¿á qué esta obstinacion? habla solamente una palabra y todo cambia.

—Delante del gran Maestre quiero yo hablar.

—¿Lo puedes?

—Descuida de ello, oh jóven! yo no soy un traïdor para los hombres, que sin embargo, demasiado traicionados se hallan.

—¿Traicionados? ¿como?

—Porque toman bolas de jabon por globos de oro. Ahora dejame quieto.

Avergonzado y con secretos pensamientos acerca del último discurso del anciano, abandonó Raimundo la cárcel y corrió á la de Súlamis. El amortiguado resplandor de una lámpara, que debilmente se reflejaba en aquellos sombríos muros, hacia resaltar los encantos de la hermosa que en medio de una mágica tiniebla yacia recostada sobre una esterilla. Caído el turbante de su cabeza que

descansaba sobre una piedra, dejaba ver los flexibles y dorados bucles que en suaves ondulaciones se derramaban por las espaldas y recubrían los anhelosos pechos. La cadena con que estaban atadas ambas manos descansaban con abandono sobre sus faldas: ella dormía el envidiable sueño de la inocencia. Durante un rato estuvo Raimundo absorto con su vista; tenía el mayor deseo de hablarla, y sin embargo no osaba interrumpir á la beldad que dormía. Pero un ruido de su cadena, ocasionado por un movimiento de la mano la despertó en aquel punto. Sorprendida miró en torno con sus bellos y rasgados ojos; mas pronto volvió en sí, y tomó la mano de su amante con la misma cordialidad que cuando le recibió en el jardín.

—No me echés la culpa, Súlamis. He avisado á tu padre y le he dado tiempo; á su obstinacion debe atribuirlo.

—Yo no te culpo; pues el amor es confiado. Pero una sola pregunta ¿cumplirás tu palabra? ¿Volveremos á ver á Helim y Assad?

—Tan cierto como Dios oye este juramento!

El canto del gallo recordó al jóven que debía abandonar á su querida, por quien supo lo que el padre le habia disimulado: el jóven peregrino y los hijos de la viuda se hallaban en el paraíso; allí los tenía el anciano del monte con el consentimiento

de Abdallah, que los habia hecho arrebatat por una de sus bandas de sarracenos.

—Y esto ha podido hacer el respetable y humano Abdallah! decia Raimundo entre si y lo repetia dando vueltas de arriba abajo en su celda, esto ha podido hacer el hombre sabio que habla con tanto ardor del bien de los hombres.... ah! diganme ahora que puede uno aprender á conocer á los hombres! Este Abdallah con toda su sabiduria y con toda su filantropia, es un musulman, sectario de la barbarie unida con la venganza, para robar niños. Si, tal es el espiritu de secta combinado con la pasion de una hiena feroz y con el caprichoso espiritu de partido. Si, esa es la hidra de cien cabezas cuya destruccion está reservada para una futura generacion. El mejor hombre abraza su secta y produce obras de barbarie cuando asi conviene á su creencia y á su inclinacion. La crápula y la sed de sangre han producido todas las guerras de religion, y oh Dios! ¿acaso he hecho yo algo mejor? Yo quisiera ser un hombre bueno, y como miembro de la Orden robo los niños á los ancianos. Es verdad, nada puedo echarte en cara, venerable Abdallah! Tu obras como Musulman, yo como Templario: ni uno ni otro obramos como hombres. Si, el espiritu de secta y de partido apaga con su soplo impuro la viva centella de la mejor y mas pura existencia, Rai-

mundo! ¿y tú quieres todavía ejercer los actos de una hermosa y sensible humanidad? Oh, no! abandona esta idea Con tu primer paso en este sombrío vestibulo has dado la espalda para siempre á ese mundo libre y sereno. No, no me conviene esta vida de irresoluciones; ¡quiero ser hombre del todo y aniquilar en mí á ese monstruo de dos cabezas. Pero los del vulgo, que se titulan hombres, ¿merecen esta consecuencia? ¿la plebe la ha merecido de mí y de mi pobre padre? Ah! y mi Elisa, mi vic oh, piadoso Dios! dadme delirio para aniquilarme, para olvidarme de mí, de ti, de la vida y de todo Mira, en este momento se resuelve mi enigma: ¿por qué tantos hermanos nuestros se vuelven melancólicos? ¿por que se ven en nuestras casas tantos delirantes, tantos visionarios y místicos que nada mas saben hacer que espantar las moscas á los enfermos y mover los labios rezando? Esas luchas son mas terribles que el montar un caballo de pelea y abalanzarse contra los sarracenos á vencer ó morir.

La campana le llamó á misa. Obedeció á su toque, como si fuera su hora de agonía que le llamase lejos de las tormentas de la vida y á la paz de la tumba. Rezó con mucho ardor y sin saber qué y acogió y desechó á un tiempo las mismas ideas.

Acercábase ya la parte mas sagrada del acto piadoso: el sacerdote mostró á Dios. Raimundo

levantó los ojos y se golpeó el pecho: hubo mas claridad en su alma y el infeliz pudo continuar su oracion.

6.

El sacerdote y la religiosa carmelita.

Siquiera un rayo de tu sabiduria! siquiera un destello de tu espiritu, oh tú que todo lo sabes! en esta noche de confusion y de dudas! Tantas son las tinieblas de la vida y tan escasa su claridad! Pero, ya divisaremos la luz, si nadando al traves de esta lobreguez conseguimos abordar á aquella isla, cuyas floridas llanuras se hallan aun cubiertas de ténue vaporosa opacidad.

Los religiosos habian dejado desde mucho tiempo la capilla, y ya iba tambien el sacerdote á salir para la sacristia.

—Aun tan pensativo, hermano Raimundo.

—Respetable hermano! aqui veis á un infeliz que lucha entre el deber y los sentimientos. El sacerdote le tomó la mano amistosamente.

—Mi buen hermano! eso quiero decir que veo á un hombre luchar entre el deber y la libertad; tal es la vocacion de la vida mientras el alma habite en

el cuerpo; pues solo de la sangre y de la muerte emana la redencion.

Durante un rato calló pensativo y fijando en él una mirada penetrante. El hermano Capellan estaba aun sacudiendo las llaves para cerrar la capilla.

—¿No dariamos un paseo juntos? Estais algo preocupado. Puede ser que os indique algun medio de salvacion, ó á lo menos os diga una palabra de consuelo. Y ademas, saliendo fuera y con el sereno aspecto de la naturaleza, se habla siempre mejor y con mas libertad ante la clara imagen del Divino Criador. El azul de su cielo, la vista del lejano paisaje sobre la orilla del mar, todo eso nos procura nuevas ideas, ó despierta las antiguas y risueñas que ya teniamos. Puede ser tambien que en tales momentos, el silvido del aire entre los árboles, el murmullo del límpido arroyo sobre las piedras y los variados matices de las flores, nos inspiren misteriosamente; y que á la par de ellas germinen nuestras resoluciones á porfia, como el valor se cria á la par de los árboles en las ásperas selvas de las montañas.

Raimundo le siguió. El sacerdote iba callado y Raimundo no tenia deseo de hablar. De este modo llegaron á las puertas de la ciudad. Raimundo arrojó un profundo suspiro mirando hacia el cielo.

—Ya te comprendo, hermano; tú lo culpas y solo contigo debieras enojarte.

—Cabalmente, hermano capellan; pero tambien me culpo á mi mismo; estoy en lucha con todo mi ser.

Fuéronse á sentar debajo de un grupo de cipreses junto á la columna de Absalon. Allí Raimundo abrió su corazon en el seno de su amigo.

—Lástima es por cierto, dijo el sacerdote, tomando la palabra despues de haberle dejado hablar con desahogo; sin embargo, el peso es menos cuando sabemos llevarlo con provecho. Permíteme presentarte una parábola. En el jardin de la vida existen dos árboles; el uno produce las mas hermosas flores, aunque no lleva fruto alguno; verdad es que presenta muchos retoños, pero pronto los marchita el sol, y con frecuencia caen en tierra arrancados por el mas ligero soplo del viento. El otro produce á la verdad frutos, aunque á veces ágrios é insípidos, entretanto que las flores del primero exhalan un agradable perfume. Ahora bien: vinieron un dia dos niños al jardin. El uno suspiraba por las flores y no se cuidaba de los frutos; éste sentábase allí desde por la mañana, y se contentaba con la vista de las flores. aunque fruta ninguna refrescase su paladar; entretanto pasó el mediodia, y por la tarde cayó exánime debajo de los árboles, cubierto de las flores que un viento suave habia abatido. El otro no se ocupó de las flores; fuése derecho á probar las frutas, y dió en comer de ellas con tal avidez

que enfermó . . . y murió. ¿Qué opinas de ellos?

—Que ambos eran locos.

—Soy de tu dictámen. Llegó un tercero: este tan pronto dirige la vista hácia las flores, como prueba una de las frutas; y mientras muerde en una ágría manzana, mitiga el mal sabor con el suave aroma de las flores.

—Tú parábola no es del todo exacta.

—Tal vez; pero no deja de ser racional. No debe entrarse en la vida con tan grandes pretensiones, ni debe esperarse tanto de los ensueños ó del encanto que tienen; el valor y la sustancia de la realidad. Entre la línea recta, que siempre sigue adelante hasta lo infinito, y la circular, que siempre se busca á sí misma y en sí misma se pierde existe por cierto la espiral, que ya se inclina á la derecha, ya á la izquierda, y no obstante, llega poco á poco á su destino. Si quieres perderte en los ensueños de la vida, procede como la línea circular, nunca adelante, y, cual niño anciano, caerás en la decrepitud. Si quieres seguir la regla de un deber estricto con toda la energía de la vida, desde su origen hasta su último destino, no llegarás á ella en una eternidad, y quedarás envarado en un sempiterno vaiven. Pero, si sin perder de vista los graves objetos á que tienden los deberes de la vida, sufres animoso tu estrella, sin despreciar las florecillas á la derecha é izquierda que se ofrecen en tu

camino. Si descansas cerca de una fuente, ó reposas á la sombra de una palmera, y miras desde una altura el variado paisaje; si respiras la brisa que corre, conversando con un buen amigo, y luego avanzas despacio, seguirás con menos zozobra hácia tu destino.

Una religiosa que se aproximaba, interrumpió la conversacion. Los cascabeles de su báculo hacian una religiosa y agradable melodia.

—Eso si que es una cosa superflua, dijo Raimundo.

—Déjales los cascabeles! Tantos lo pasan bien con ellos durante la vida! Los peregrinos en la tierra necesitan de cascabeles y conchillas para ensordecerse al dolor, cuando las rocas y espinas del camido arañan hasta verter sangre sus cansados pies. El niño de pecho estrega descuidado los primeros dientes que le salen, y sufre el dolor con el solo fin de oir el alegre retintín de sus cascabelitos.

—Loado sea Jesu-Cristo, dijo saludando á los dos.

—Para siempre, contestó Raimundo mohino, acompañando la cordial respuesta del sacerdote.

—Buena señal para mi, dijo la jóven religiosa, Encuentro cabalmente á la entrada de la ciudad á dos caballeros del Temple. ¿Puedo ofreceros un refresco?

Dicho esto, sacó un canastillo de mimbre que

traia debajo del manto, y les presentó higos, dátiles y naranjas de Malta invitándoles á tomarlas.

Ambos hermanos lo verificaron. El sacerdote, luego que se hubieron sentado en el verde, preguntó: ¿sois de la Orden del Carmelo?

—Y quereis ir

—No muy lejos, hasta Jerusalem.

—Por algun asunto?

—Para el claustro, y tambien para visitar los lugares sagrados. Todavía no habia venido á esta tierra.

—Cuánto tiempo hace que llevais los hábitos?

—Hace algun tiempo; ya he renovado dos veces mis votos

—Tres años?

—Cabalmente.

—Sois aun tan viva, y teneis ya tres años de claustro.

—Por qué no? yo no he perdido mi buen humor. La resignacion y disposiciones serenas y avenidas á cualquier destino, eso es lo que constituye al buen religioso.

—(á Raimundo) Notas tú algo, hermano? (á la religiosa) De qué pais eres, hija mia? Tu acento disuena.

—Como inglés, quereis decir; yo soy de Inglaterra.

Esta palabra "Inglaterra" vibró cual un fuer-

te acento en lo mas profundo del alma de Raimundo. Todas las tristísimas escenas de lo pasado resucitaron como unos espectros que salen de sus sepulcros. Al instante arrojó una penetrante mirada sobre la jóven que, echando atras su gran sombrero redondo, dejó ver la lozania de su rostro de virgen.

—Ayúdeme el cielo, señor caballero! Parece que quereis devorarme con los ojos. Si me mirais así voy á tener miedo. Como que suelen decir entre nosotros: los Templarios son tambien cristianos, però ásperos cristianos! qué? estais tan indispuestos contra las inglesas?

—Cómo he de estar indispuerto contra mis compatriotas?

—Tambien un compatriota en Palestina! Enhorabuena; entonces dadme la mano.

—Vuestro trage y persona despiertan en mí una oscura idea de mi dichosa juventud.

—Está bueno; lo que está oscuro será mejor dejarlo en su oscuridad.

—Dónde vais á parar mientras esteis aqui?

—Si quereis visitarme, podeis venir á nuestro claustro. Probablemente teneis allí mas conocimiento que yo.

La conversacion continuó largo rato, y el sacerdote á quien complacian las vivas y alegres maneras de la jóven era interminable en sus pregun-

tas. Cuanto mas contemplaba Raimundo á la religiosa tanta mayor luz venia á vivificar la imagen de sus recuerdos. No podia reprimir sus miradas, y cuanto mas la escuchaba tanto mas reconocia el timbre de su voz.

—Mucho valor has tenido, dijo el sacerdote, para haber emprendido el largo camino que hay del Carmelo aquí.

—Y bien! tanto he andado que al fin llegué.

—Pero si alguna tropa de ladrones te hubiese encontrado?

—Hubieran despojado á una mendiga, me quereis decir? no traia oro ni plata.

—Con las lindas doncellas no se busca siempre precisamente el oro ó la plata.

—Oh! vos tambien seriais galante? Vaya, vaya, tan anciano y tan chistoso! Me parece que todo este pais está lleno de caballeros que á toda costa han de proteger á la inocencia cristiana. Mucho tiempo ha que me he abandonado al destino; pues de veras es una locura andar en su contra.

—¿Y tú tambien puedes hablar del destino? preguntó Raimundo pensativo.

—Y cómo si puedo hablar! El destino ha dominado terriblemente en nuestra familia. Los placeres de la vida no los he conocido jamás: desde la cuna hasta llegar al Monte Carmelo la miseria ha sido mi fiel compañera. Pero de qué serviria con-

taros una larga historia de pasión? Habeis venido debajo de este árbol para recrearos, y como esa historia nada tiene de risueño, os creo demasiado sensibles para querer distraeros con ella como con una fábula. Sacad estas frutas del canasto, pues no he de tomar ya ni un solo bocado.

Levantóse para despedirse. Raimundo la tomó de la mano, diciéndole: quedaos, quedaos un poco mas, amada joven. Decidme solamente vuestro apellido, y yo sabré esa historia antes que la conteis.

Ella se recogió para disimular la tristeza que le causaba reproducir su nombre, y en seguida dijo con solemnidad: Anna Percy, me llamo, soy la joven y desgraciada hija del desterrado Gualtero de Percy!

—Hermana! exclamó llorando el caballero, y la estrechó entre sus brazos.

7.

**Vínculos rotos desde mucho tiempo
se reanudan en medio de una
tristeza mortal.**

Las primeras zozobras de la excesiva alegría habían pasado ya. La religiosa le contó varios

lances de su historia, le dió noticias de su familia, y en el curso de su relato abrió y volvió á cerrar en su corazón nuevas heridas. Por fin, prometió hablarle mucho mas despacio cuando él fuera á verla en el convento y el espíritu de ambos estuviese mas sosegado.

El sacerdote admiraba durante la relacion el sabio razonamiento de la jóven. Dirigiéronse los tres hácia la ciudad y acompañaron á la religiosa hasta la puerta del convento que quedaba en la calle de los Dolores.

En el patio se separaron. El sacerdote se retiró á su celda y Raimundo bajaba á la caballeriza, cuando sintió que le tiraban del manto.

Era la viuda. Su vista despertó en él todas las desagradables sensaciones de la vispera, y con ellas se confundieron todas esas doradas ilusiones, que acababa de construir en su cielo, para contemplarlas á su sabor.

—¿Qué quieres, muger? le dice.

—Querido señor, recomendaros vuestra petición y la mia. Pues segun parece, ha llegado el tiempo que los peregrinos tengan que recordar á los Templarios con sus peticiones que ellos deben dar caza á los Sarracenos No me comprendais mal, querido señor; acerca del jóven peregrino extranjero, es que tengo algo que deciros. El conoce al noble señor de Percy, y este sois vos por cierto.

—Sí! ya! y despues?

—No quisierais llegar hasta mi casa? Este no es el lugar de comunicaros

—Entonces seguidme al claustro.

La muger se adelantó con un ademan misterioso, no parecia estrañar el edificio; por fin se detuvo en una oscura rotunda.

—Señor caballero, dijo ella, pesar me causa desgarrar vuestro corazon, renovando heridas que la Cruz de la Orden ha cerrado ya. El jóven peregrino que junto con mis hijos ha sido arrebatado por los asesinos, es una doncella, una hermosa y noble doncella inglesa de alto linaje, que se ha librado de un duro cautiverio por su habilidad y en virtud de un señalado favor de Dios. Ella os buscaba y sabiendo que os habiais hecho Templario, se proponia tomar los hábitos con el intento de servir como fiel escudero al hombre que no le era dado obsequiar en el legitimo carácter de esposa.

Durante esta defectuosa narracion de la viuda, apenas Raimundo habia podido contenerse, pues lo adivinaba todo.

—Por las mil furias! dijo ya con voz entrecortada. Dadme por fin el último golpe, decidme su nombre.

—Señor, se llama “Elisa.”

—Esto mismo me dejó presentir el diablo en

el momento que proferia el último juramento. **Mi Elisa vive aun!**

—Y para ti, dijo la viuda, y desapareció.

Cediendo agoviado á este dolor mortal, cayó al pié de la estatua de San Sebastian. Durante un rato quedóse allí sumergido en un letargo estúpido. Abrió por fin los ojos y los tenia clavados en el Santo. Ah! jóven, si estos dardos que te atraviesan fueran los de un infeliz amor sin esperanza; si fueran los dardos de las miserias humanas, y del inexorable y enconoso destino, entónces si que serias un verdadero mártir; pero esas son flechas de los Sarracenos picaduras de mosquitos! Los devotos menestrales en los desiertos de la Tebaida son frecuentemente tentados por el diablo. Con tanto afán se allega el tentador á los de la Orden! Elisa no puede vivir ya; eso no es mas que un tegido satánico de imposturas que pretenden imponérme. Mas para contra semejantes redes no hay precision de llevar una cruz en el manto y una fuerte espada en la cintura.

—Sabeis una novedad, señor hermano? le dice Guido viniendo á su encuentro. Se ha decidido un ataque contra los perros Sarracenos y vos sois quien lo conduce.

—Oh! eso me viene muy bien. Cómo voy á caer sobre el enemigo! Cómo van á sonar esos

cráneos, cuando mi damasquino azote el aire! Hermano, vos venis tambien?

8.

Las cadenas. Los Turco-Cristianos.

Sin esperar la respuesta de Guido se apresuró á dejar el claustro y á subir la escalera para ver al Maestre.

—Bien venido seais, hermano Turcopolista, le dijo aquel. Hemos decidido un ataque contra los Sarracenos y vos sabeis quien lo dirige.

—Venerable Maestre, no podia oir yo un mandato mas anhelado; ardo en ese deseo, mi espada está impaciente por empaparse en la sangre Sarra-cena.

—Asi oigo yo gustoso á mis hermanos! Vos sois el adorno de Nuestra Orden.

—No, sobre mi honor que no lo soy, sino el infimo de todos.

—Está bien, eso debe decirse, aun cuando no se esté persuadido de ello. Una confesion de su propio desmérito es un lenguaje cristiano y honorífico.

—Cuándo vamos á salir? hoy todavia?

—Si Dios quiere, mañana despues de maitines; pero antes que salga el sol. Yo descanso en vos. Vais

hasta Nazareth y marchareis sobre Bethlén por entre los montes. Esta noche en el Capituló se os instruirá detalladamente. Ahora tengo que daros una noticia poco agradable. Abdallah no quiere confesar donde han llevado el botin. Yo tenia la intencion de darle la tortura, pero mas se consigue con la suavidad. Quiero por tanto que le deis la libertad á él y á los suyos; y sus hijos, si no tienen gusto en quedarse en nuestro servicio, le serán entregados igualmente. Hacédselo saber. Ya podremos, despues que nos devuelvan los nuestros, hacerlos prender otra vez cuando haya oportunidad; pero eso es cosa secreta.

Raimundo que hacia el mayor esfuerzo para ocultar su alegría, se detuvo un rato como si obedeciese á pesar suyo, y puso algunos reparos para hacer que el Maestre lo llamase severamente á la obediencia.

Apresuró sus pasos cual si tuviera álas para ir á libertar á Abdallah y á los suyos; y habiéndolos conducido á la sala en que se hallaba el Maestre, les quitó las cadenas en su presencia.

—Por mi libertad, dijo el anciano, no te doy las gracias, porque es una propiedad del hombre; pero por las cadenas sí te las doy, pues un padre las ha llevado gustoso por el amor de sus hijos: tanto mas caras me han de ser ahora. Dadme esas cadenas, que en su lugar yo devolveré á la Orden otras

de oro. No me han parecido pesadas, pues, qué cosa hay que un padre no lleve gustoso por sus hijos? Pero los sentimientos te son estraños. Déjame las cadenas.

—Puedes guardarlas si cumples lo que prometes. Aquí están tus hijos.

Efectivamente en aquel instante condujeron á los Turco-cristianos á la sala. Helim y Assad, ébrios de alegría, se precipitaron en los brazos de su padre.

—Están bautizados.

—Y así pueden quedar.

—Cómo, Abdallah?

—Por qué no? No hay mas que un solo Dios, y los sábios de todos los tiempos han creído únicamente en uno solo. Cada forma de su adoracion es equivalente si se conforma á la ley de su amor. Ellos pueden permanecer cristianos si quieren ser hombres buenos y honrados, y si jamás se atreven á sacar la mortífera espada contra sus hermanos.

—Tu piensas como cristiano!

—Como hombre, quereis decir; como hombre que aspira á su libertad como á la mas alta bendicion de la vida, y que sucumbe á la sola idea de la intolerancia.

—Es decir que tus hijos serán educados como cristianos?

—Ante todo como hombres. Ellos deben

aprender á conocer sus deberes como tales, y respecto de Dios. Pueden por lo tanto adorarlo bajo cualquiera forma que sea.

—Entonces arránqueseles del pecho la señal de la cruz!

—Sobre eso tambien os pido que se las dejéis á los niños para eterno y santo recuerdo de su libertad. Por cierto, la cruzes entre vosotros la señal de la redencion. Por eso es que la deben llevar en memoria de su cautiverio y de las cadenas que su padre cargó voluntariamente por su libertad.

—De suerte que quereis endurecerlos en el ódio á los cristianos.

—No; el que puede sacar de las obras del amor un motivo para penetrarse de ódio, ese no es hombre, es mónstruo.

9.

Noticias mas positivas de la Patria

Apenas el anciano y su familia estnvieron libertad, Raimundo fué á encerrarse en su celda se puso á llorar como un niño.

—Gracias á ti, oh Dios misericordioso! has desatado las cadenas á estos seres tan queridos y otra bien pesada que oprimia mi corazon desde

momento que yo pagué su amor con el rapto. Esta grave ofensa se ha remediado, y mi deber ha quedado intacto. ¿Conduces tú también á tus hombres debiles por esa línea espiral, porque tu sabiduría prevé que han de sucumbir en el camino recto? Fuerza es que tropiezen los niños al querer andar, y aun el viajero endurecido á la fatiga busca los senderos mas fáciles y algunos sitios de descanso cuando se los proporciona la naturaleza. Estas lágrimas son un rocío benéfico. ¿Serán acaso para mí, precursoras de un bello día?

Como estaba ya para entrar en nuevas consideraciones, se acordó de ir á visitar á su hermana al convento de las Carmelitas.

Recien habia pasado la hora de la siesta; restablecida ya de su emocion y del cansancio, estaba despierta y le alargó la mano desde su cama. La ventana de su celda que miraba al poniente estaba cubierta por un hermoso nogal, por entre cuyas ramas los últimos rayos del sol se esforzaban en abrirse paso.

—En fin, ya estamos solos, hermana! y ahora puedes darme noticias mas positivas de nuestra patria. Ante todo, ¿cuál ha sido el destino de mi Elisa?

—Solo sé que se habia librado del cautiverio, y te buscaba.

—Con qué es cierto?...

—El Rey hizo cuantos esfuerzos son imaginables para atraérsela; pero te ha permanecido fiel: ha arrostrado los mas crueles tratamientos; todo lo ha sufrido por ti, y llegó hasta despreciar la muerte cuando el verdugo tenia levantada la cuchilla sobre su desnudo cuello.

Raimundo le refirió entonces lo que habia sabido por la viuda; y comparándose unas con otras las circunstancias mas análogas, no quedaba ya casi la menor duda, el jóven peregrino era Elisa.

La mente serena de la hermana habia observado muchas cosas con mas exactitud, y pudo hacerle entrever acerca de su propia situacion cierta perspectiva que Raimundo contemplaba con asombro.

—Pero vosotros los hombres, continuó, tomáis de una vez un partido decisivo. Vuestro espíritu se arrastra siempre á los últimos extremos. Desconocéis de ordinario el feliz sendero de la moderacion. ¿Debias desesperarte, y andar errando con tu padre en los desiertos de la Escocia? ¿No podia un buque dejaros sobre las playas de Dinamarca? era preciso que al instante mismo te hicieses Templario, cerrándote las puertas para el mundo y sus placeres?

Con lágrimas en los ojos, tomó á su hermana de la mano: Ah! cuándo acabaremos de aprender!

Cuando el gran Maestre nos absuelva!! respondió ella, y su hermoso rostro se cubrió de lágrimas

Legado de Elisa.

Las últimas llamas purpúreas del crepúsculo se reflejaban todavía sobre las casas y en las calles, cuando Raimundo salía del claustro. Toda la ciudad estaba brillante de oro y púrpura; una tarde serena se desprendía de los montes; revoleteaban en el aire infinitos enjambres de insectos; y el azulado éter sin nubes sonreía á la tierra desde el empíreo.

Una hermosa tarde anuncia un día sereno, exclamó exhalando un suspiro y mirando al azulado cielo; pues el vivo fuego que abrazaba los objetos de la llanura le hería directamente en los ojos. Cara hermana mia, este mismo sol no mostraba aun la mitad de su disco cuando ayer te encontré de nuevo, y ahora que se está recostando sobre las orillas de Ascalon, vuelvo á despedirme de ti! Cuando mañana empiezen á dorarse las cúpulas del Temple, ya estaré lejos. Volveré á aparecer por aquí? Volveré á verte, querida hermana? Cuándo? cómo? dónde? y en qué sitio me saludará el último crepúsculo que yo vea?

Raimundo no ocultó á su hermana sus relaciones con Súlamis, y le encargó se despidiese de ella en su nombre, y aconsejase á Abdallah que enviara sus hijos á algun parage mas seguro, porque podían

volver á robarlos una segunda vez. Sin infringir los deberes de la Orden, no podía revelar los pensamientos del Maestro, así que, únicamente estaba en su arbitrio hacérselos sospechar por conducto de un tercero. Con respecto á Elisa, esperaba saber algo mas por médio de la viuda, y se dirigió á su casa.

Encontróla delante de la puerta, sentada bajo un nogal, disponiéndose á tomar su escasa merienda. Dióle ella la bienvenida, y condujole á su reducida pero aseada habitacion.

— Ya sé lo que me proporciona el honor de vuestra visita..... vuestra amiguita.

—Y al mismo tiempo vengo á deciros, (pues es noticia que halaga á una madre) que mañana salgo con una tropa de los nuestros para ir en busca de vuestros hijos perdidos.

— Dios y mis mejores deseos os conduzcan.

—Decidme ahora algo de Elisa.

—La pobre señorita llegó con un buque hasta Joppe. Sin dinero para el viaje, se sostuvo por medio del canto y tocando su laud por todas partes hasta las costas de Asia. Ved, aquí esta todavía su instrumento.

Raimundo miró aquel laud, que conocia demasiado bien. La cinta que llevaba era la misma que él le regaló, y el verso que Elisa habia bordado con hilo de plata, aunque en mal estado, aun po-

dia leerse. Pulsó aquellas cuerdas; sus acentos vibraban tan melancólicos como siempre. La joven cuya voz argentina tantas veces habia escuchado con dulce transporte correr tras las notas de ese laúd, se hallaba ahora separada de su instrumento, separada de él y en poder del enemigo.

La viuda le mostró tambien su libro de música ; allí encontró las canciones que un dia le habia compuesto con el estro del amor y de la juventud, escritas de su propia mano. Desplegóse en su recuerdo el cuadro de sus juveniles doradas ilusiones. Todos los ángeles de aquel paraíso perdido estendian aun sus alas sobre su cabeza ; pero..... quedábanse tan lejos..... y parecia que lloraban !

Ella hablaba continuamente de vos, noble señor, prosiguió la viuda, y ya habiamos dispuesto buscaros en el Temple. Hablábame Elisa de hermosos dias pasados con vos, y de otros muy tristes. Habiamos decidido la visita al Temple la vispera de aquella horrible tarde en que nuestro paseo al sepulcro de la Madre de Dios lo aniquiló todo. Aquí están sus ataditos de ropa y papeles. « Si yo muero, decia, los entregareis á mi amante para que se entere del destino de su Elisa. Leíase en el sobre « Legado de Elisa. »

Raimundo lo abrió con precipitacion, y leyó azorado y conmovido : « Puede ser que estas páginas, en las alegres horas de un dichoso amor, sirvan

alguna vez de sombra para hacer resaltar el brillo de nuestra dicha. Pero cuando tu Elisa, sumida en la noche de su destierro, no pueda ya volverte á ver en este mundo, ellas te darán noticias de lo que su fiel cariño supo ejecutar.

« Los polos del amor se atraen mutuamente con una fuerza irresistible. Las almas predestinadas se buscan y se encuentran. El destino las separa pero no domina el esfuerzo que hacen para acercarse siempre y con ardor. Los obstáculos de la suerte son mas débiles que la fuerza del amor, pues este vence á la fuerza y triunfa sobre lo imposible. Lo que sucede solamente es, que á menudo la indomable fuerza de lo infinito se encuentra durante su carrera con el esfuerzo de lo finito, y el amor sucumbe al destino de una separacion temporal. Bien que el mas extremo punto de separacion, que es la muerte en el reino de lo infinito, es tambien la aurora de una eterna union. Así muchas veces es para una vista perpiçaz el crepúsculo de una hermosa mañana, lo que para ojos empañados parece media noche. El sagrado fin se logrará infaliblemente cuando ambas partes luchen con igual empeño, se esfuerzen con igual ardor.

« Oh mi querido ! si como á mí se te hubiese aparecido la alta imágen del amor ; si hubieses contemplado la plenitud de la vida en la intuicion

de la sempiterna luz, y en ella hubieses jurado la eternidad de una pasión, esta claridad hubiera penetrado en las tinieblas de lo futuro, haciendo surgir en tu alma un crepúsculo en el que la serena eternidad hiciera olvidar al menguado tiempo, como cuando las primeras manchas blancas en la bóveda del empireo, precursoras del naciente día, hacen olvidar la noche que aun rodea á la negra tierra.

« En aquella fatal noche en que el inmundo esbirro del Rey me arrebató de mi asilo, y me condujo al sombrío castillo de Duncan, yo te juré solemnemente un eterno y fiel amor, cualquiera que fuese mi destino. El juramente me costó poco : mi madre yacía en el sepulcro, y mi padre que se pronunció por la libertad y derechos de los ciudadanos, subió al cadalso como rebelde y espiró bajo la cuchilla del verdugo. La hija se consumía en la cárcel, y la proscripción perseguía también al amante, pues su padre había tomado parte en la justa contienda.

« El carcelero me anunció que yo estaba destinada á perecer de hambre, pero que de mí dependía variar mi suerte. ¿Por qué medios? pregunté resuelta; por la vía del honor ó de la ignominia? Un cortesano entró y dio orden de que me vistiese mi mejor traje : el Rey que cazaba en aquellos parajes, se acercaba al castillo y quería verme,

« Estaba muy estenuada, pues hacían cuarenta

y ocho horas que carecia de todo alimento. Trajéronme de comer; me adorné, y entonces fui conducida á un gran salon, donde ya muchos aguardaban al soberano. Mis miradas buscaban la tierra, y llevaba un velo en el rostro.

« Pronto apareció el tirano con un numeroso séquito de cortesanos magníficamente engalanados en traje de caza. La audiencia fué larga. Cuando concluyó, y quedé sola en la sala, aparentó el Rey que recién notaba mi presencia: ¿qué quiere esta moza que está allí en el rincón? preguntó á su canciller. Este hizo seña para que me acercase mas. Mi interior repugnaba á la idea de tener que postrarme ante el asesino de mi padre. ante el azote de nuestro amor, ante el perseguidor de mi amante, ante ese furioso cruel que habia causado la desgracia de tantos hombres inocentes.

« Yo dije mi nombre, manifestando que me habían hecho llamar; levanté mi velo, y pedí mi libertad, pedí por ti!

« Nada teneis que pedir, la sumision es lo que conviene á la hija de un rebelde.

« Defendi á mi padre, y el déspota calló; y su respuesta fué:

« Seguireis á la corte. »

« Me hicieron montar á caballo, y la seguí en efecto, hasta un suntuoso palacio donde solia residir la reina. Me agregaron á las camareras de

palacio. Al principio no se fijó la reina en mí; pero el canto y la música de mi laud, hicieron que reparase en mi persona. Empezó á cobrarme cariño y á distinguirme sobre mis compañeras. Así se pasó un mes en calma, y empezaba ya á estar satisfecha de mi suerte. Entonces el Rey dejó entrever sus intenciones acerca de mí. Le rehusé y creció su obstinacion : me descubrí á la reina y ordenó encerrarme en un claustro. El lugar de mi asilo fué denunciado al Rey, y sus verdugos me sepultaron en la cárcel. Falsos testigos presentados contra mí, me hicieron aparecer como instrumento de una conspiracion en la Corte. Rechazé con indignacion la calumnia. Ensayáronse nuevas tentativas para que accediese á los deseos del Rey ; permanecí firme : me amenazaron, y desprecié las amenazas, entonces me dieron tormento, sacándome casi exánime. De sus resultas caí en una larga enfermedad que parecia deber concluir conmigo ; pero mi juventud y robustez salieron victoriosas. Con mi restablecimiento renacieron las pretensiones del Rey. Habia aprendido á despreciar la muerte, y desdeñosa rehusé al verdugo coronado. Me leyeron la sentencia de muerte, que oí con una frialdad igual á la rabia que la habia dictado. El Rey ordenó al ejecutor que suspendiese la cuchilla sobre mi cuello, y yo lo presenté resignada.

• ¿Quedaria vencido el tirano ? ó se me reserva-

ba para otras miras? hizo señal al verdugo que se detuviese.

• Entonces me encerraron en una prision menos dura; se habló de una libertad cercana, y tu muerte se me presentó á la imaginacion como una cosa probable.

• Con la ayuda de mi padre espiritual hui de la prision no sin grave peligro de la vida. Despues de muchas terribles noches pasadas en los bosques y en los desiertos llegué á las costas. Un buque dinamarqués me admitió á bordo. Yo sabía por mi confesor que tu estabas en Roma. Con mi guitarra y mis canciones, cual cantora ambulante, caminé desde allí padeciendo infinitas incomodidades. Con qué afán preguntaba por ti en todas partes! En Roma, que era el término de todas mis esperanzas, estas se malograron enteramente, pues tu estabas en Palestina. Nada tenia que perder, nada que buscar, sino es á ti, y adopté la resolucion de buscarte por mar.

• Despues de muchas adversidades, despues de haber corrido dos veces el peligro de caer nuestro buque en mano de los piratas, llegné por fin á Joppe donde estoy ahora.

• Y volveré yo á verte? Tal vez.... Mi corazon no ha de renunciar al pensamiento de nuestra union. Si no he de verte ya en este mundo, estas páginas que te son dirigidas, te dirán: Elisa ha sido fiel; te ha buscado por tierra y por mar. El destino

le opuso densas tinieblas en su camino; pero su alma constante no ha interrumpido sus esfuerzos amorosos. Pero, si estas páginas no llegasen á tus manos, nuestros espíritus volverán á verse algún día en la nueva Jerusalem, y los dolores de esta vida habrán terminado. »

11.

Los asesinos. Una fé viva.

Raimundo estrechó el manuscrito contra su corazón, como si hubiese querido encerrarlo allí, y consagrarlo con sus lágrimas. Este fué para él uno de aquellos momentos de la eternidad tan deliciosos como pasajeros; uno de esos momentos en que la cercanía del aura de la divinidad se hace sentir á los mortales, y en que los poderes celestes tienden amorosamente sus brazos á los que lloran haciéndoles ascender algunas gradas en esa escala de perfección que sobrepasa la inteligencia humana, permitiéndoles echar una furtiva mirada en el santuario.

Recomendó á la viuda lo guardase con religioso sigilo, dándole al mismo tiempo su bolsillo lleno de oro, y salió de su casa llevando en el alma el bálsamo de un consuelo divino.

Atolondrado con estos poderosos sentimientos

erraba con paso trémulo por los sombríos cruceros de la ciudad, sumida por la noche y el sueño en un silencio profundo y universal, poblando con sus ensueños las solitarias calles y plazas por donde pasaba. Sin embargo, había tenido tiempo para presentarse con la posible serenidad en el Capitulo, donde le llamaban ciertas y determinadas órdenes.

Todavía la noche encerraba al naciente día en su seno, cuando ya en el Temple todos estaban en pié. Los hombres de armas sacudían las capas, los harneses, las espadas y lanzas, y las masas de pelea. Los escuderos limpiaban los caballos de pelea, que hacían resonar sus briosos relinchos, sacando chispas de las baldosas del patio.

Se había concluido la misa y salían todos de la capilla hacia el patio del Castillo. Despidiéronse entonces unos de otros, y pronto galopó Raimundo con su gente fuera de la puerta del castillo. Guido venía á su lado.

La mañana saludaba recién la cima de los montes, cuando la expedición, habiendo andado algunas millas, hizo alto en un fresco y placentero valle. Mientras los caballos pacían, los guerreros cumplieron con la oración de la mañana antes de pasar al almuerzo.

La tropa, sin contar los caballeros que la conducían, se componía de mas de doscientos turco-cristianos, que por la vez primera salían á campaña

contra sus compatriotas. Animábales un ardiente deseo de medirse con los enemigos de los cristianos, y se extasiaban con la sola idea de alcanzar tal vez la corona del martirio por el amor de Dios.

Estos jóvenes, de estirpe sarracena, robados á sus padres cuando niños, bautizados y educados enteramente para el interes de la cristiandad, no conocian nunca ó muy raras veces á sus deudos, porque les eran sustraídos lo mas temprano posible. Por consiguiente á nada tenian apego sino es á la Órden, y esta cuidaba de dar á su espiritu la direccion belicosa que animó á su primer fundador. La fé los animaba á las acciones mas arrojadas. Segun sus principios, no podia faltarles la corona del martirio y el cielo si sucumbian en el combate por la fé. No huian de la muerte; antes bien la buscaban como al móvil de su salud eterna, que los conducia al término de sus esperanzas. De aqui procedia su monstruosa temeridad; de aqui el buen éxito de tamaño arrojó.

Dos dias habian cabalgado ya, de una á otra parte, sin dar con la sombra del enemigo, que hacia mucho tiempo se habia retirado internándose en los montes situados sobre el Jordan.

Raimundo iba pensando en su querida Elisa, estremeciéndose de las reconvenciones que á si mismo tenia que hacerse respecto de sus amores con Súlamis. Engolfado en estos pensamientos, apenas mi-

raba delante de sí, y cabalgaba con su gente por la cuesta de una colina, cuando á un tiempo una banda entera empezó á gritar á grandes voces: « Y Allah Sarrazin ! »

Raimundo volvió la vista, y vió en la llanura una banda de asesinos y sarracenos que se acercaban. Ninguna de las partes habia apercibido á la otra, Raimundo hizo sonar el ataque. Las flechas de los Sarracenos llovian sobre los de Raimundo; pero estos, cubriéndose con sus broqueles y repartiéndose en derredor de la cuesta se precipitaron veloces en el llano sobre el enemigo. Con igual furor se sostuvieron los asesinos contra los turco-cristianos: pues á ellos tambien los animaba la fé: el que sucumbia en el ardor del combate resucitaba al instante en el paraiso de Mahoma.

Como relámpagos silvaban los alfanges sobre las cabezas, sobre las que se alzaban las poderosas mazas. La lucha no habia durado aun una hora, y la carniceria se habia hecho ya universal. Conforme á las instrucciones de la Orden iba Raimundo á ofrecer una tregua, pues preveia que ambas partes tratarian de aniquilarse; pero no le dieron tiempo. Los turco-cristianos atropellaron de nuevo á los asesinos, y antes que el sol se inclinase al poniente, el combate se decidió á favor de los cristianos.

El número de muertos fué casi igual; Raimundo ordenó á una parte de su gente que condujesen los

heridos, prisioneros y botín al fuerte mas cercano y volviesen con tropa de refuerzo, y persiguió al enemigo en su fuga, hasta internarlo en los bosques.

Cuanto mas avanzaba con los suyos, tanto mas desconocido le era el pais. Sentíase, sin embargo, atraído por un interés que no experimentára igual hasta entonces en ninguno de sus numerosos viajes. Aquella region era selvática y sombría como los valles de los muertos. Elevábanse unas sobre otras masas informes de peñascos de espantosas y estrañas formas desnudos en su mayor parte y cubiertos á trechos de arbustos y matas silvestres. Los torrentes, con los trozos de rocas que caian despeñadas, aumentaban el horror de esta soledad. Raimundo, que con su pequeña escolta, temia verse rodeado y sorprendido por los enemigos, mandó hacer alto y siguió solo adelante.

Presentábase cada vez mas desierto y lóbrego el paraje, que parecia no haber sido jamás pisado por planta humana. Largo rato anduvo descaminado, absorto en la contemplacion de aquellas moradas sombrías, para cuya formacion la naturaleza debió hallarse en sus mas terribles convulsiones. Esta debió ser, decia en su interior, la soledad donde se acercó el tentador al Mesías. De repente vió á lo lejos, y á la salida de un barranco que, cubierto por ambos lados de matas y árboles desembocaba en un oscuro valle, á un anciano que se acercaba hácia él.

Por el traje parecia ser un hermitaño turco, que en aquella soledad se dedicaba á ciencias ocultas, conjurando á los malos espíritus y serpientes, para cuya morada y convocacion parecia hecha à propósito.

Su cuerpo descarnado, que encorbaba el peso de mas de un siglo de edad, estaba cubierto con una larga túnica gris, que en un tiempo fué verde, ceñida por un cinturon que tenia dibujadas algunas figuras mágicas. Los restos de sus nevados cabellos, juguete del caprichoso viento, flotaban enredados en torno de su calva mollera, que con la edad parecia haber pasado á la petrificación. Arrastraba con dificultad su estenuado cuerpo apoyado sobre un nudoso báculo: la muchedumbre de surcos y arrugas de su semblante manifestaban las vehementes pasiones que habian rugido en aquella existencia: sobre sus pómulos, algo prominentes, ardia aun una rubicundez héctica: los ojos, sumidos en lo mas hondo de las órbitas, destellaban fuego como dos dragones que acechan á su presa; y todo su semblante, pálido y desecado como una mómia, indicaba la mas negra malicia y la rabia de una arraigada empedernida maldad.

Ambos se hallaban á unos cuantos pasos uno de otro, cuando se pararon simultáneamente. Con una amistad socarrona, que traicionaba un desden, y

una besa diabólica, el anciano levanta su cabeza gris.

—Y bien, no te acercas, perro cristiano? dijo gruñendo con una voz trémula de rabia y de impotencia.

—Qué me quieres? quién eres?

—Eh! eh! eso mismo era lo que te queria preguntar, hermano Turcopolista. Eso te sorprende? Oh! nos conocemos. Vaya, vaya, por cierto, es una casualidad encontrarnos frente á frente. Por ventura no has oido hablar del Viejo de la Montaña que os arrebató tantos muchachos cristianos?

—Quién ha de ser mas que tú, viejo bribonazo! le contestó Raimundo, impulsado de rábía y de horror.

—Un maestro completo en el oficio que tu ejerces como un niño de escuela. Pero vamos! estás aquí solo, eh?

—No lo creas. Abajo, en el barranco, tengo mil hombres emboscados.

—Perros Templarios! La bulla que meten! Pero supongamos que no son mas que cien. Ahora bien; yo tampoco estoy completamente solo: alerta!

Dió un agudo silvido con un pito que traía pendiente de un cordoncillo. En pocos instantes aparecieron por todos lados, sobre la colina y fuera de los barrancos, una multitud de jóvenes sarracenos aptos para la guerra.

Raimundo no se atrevia á dar crédito á sus ojos, imaginando ser presa de una ilusion. Ignoraba si eran hombres ó espíritus los que, á la señal del anciano, se hallaban allí como por encanto.

—Ahora conviene hacerte testigo de una pequeña danza, para que des noticia de ello á tu gente. Estàs pensativo ? Es verdad ! no es para menos la broma.

Hizo una señal, y los jóvenes desaparecieron con igual velocidad que se presentaron.

—¿Cómo me conoces y sabes mi rango ?

—Oh ! sí : os conozco á todos perfecta é intimamente ! Pero mi amigo Abdallah me ha hecho buenas ausencias de ti. ¿Amas á su hija, no es verdad ?

—Estoy vendido !

—Eres chistoso ! te figuras, acaso, haya algo que se le oculte al Anciano del Monte ? conozco, ante que se ejecuten, todos vuestros planes, todas vuestras empresas mas secretas. En todas partes tengo espíritus que me sirven, hasta en medio de vuestro Capítulo.

—Que horrible eres !

—Es cual te lo digo ; hum ! te has portado bien con Abdallah ; me lo ha contado todo y me ha suplicado que devuelva el robo. A la verdad que valia la pena de pedirlo dos mendiguillos gran cosa !

—Pero el jóven peregrino ?

—Ah ! sí, el jóven peregrino hum ! Al jóven peregrino lo han mandado al harem del Sultan de Iconio. (Raimundo palideció.) Sin embargo, tranquilízate, se rescatará.

—Di, ¿ á qué precio ?

—Con el de sangre cristiana ; si haces de modo que el próximo combate ceda en ventaja nuestra.

—Infame !

—Si nó, esa cabeza tan preciosa adornará con sus lindos bucles el dintel de la puerta del palacio de Iconio.

—Haz lo que quieras. Allí estaré yo.

—Blasonas demasiado del valor de tus turco-cristianos.

—Han dado pruebas de bravura.

—Pruebas que bien poco nos asustan. Pero yo apuesto que mis asesinos son aun mas arrojados. Permitirás á tu maestro viejo que te lo haga ver palpablemente ? Quien sabe cuando tendremos otra proporcion de vernos tan de cerca y con tanta comodidad ! Escúchame. Vuestros sacerdotes charlan que es un gusto delante de los turco-cristianos cuando se trata de los goces celestiales ; pero yo doy realmente á mis asesinos el arrobamiento y las delicias del paraíso. ¿ quieres conocer los medios ? Supongamos que se hallan aqui. En el instante que un jóven ó un niño es robado, se le suministra un filtro compuesto de la adormidera sagrada de Egipto, que lo

sumerge en un sueño profundo y en una completa insensibilidad, y privado del conocimiento se le transporta al paraíso donde al recordarse, encuentra rodeado de todas las voluptades de los sentidos. Todos los placeres le son permitidos. Cuando observo que empieza ya á satisfacerse, un brevage semejante le sumerge en su primera insensibilidad. Entonces conducen aquí, donde tenemos también una escuela para los héroes de nuestra fé. Vuelve en sí, y hallándose en este parage triste, se abrasa en un vivo deseo de gozar nuevamente del Paraíso. En tales circunstancias llega el maestro, y le dice que aquellos goces serán para siempre perdidos si no trata de ganarlos en el combate por la fé; le habla de la inmortalidad y promete que si muere en el combate resucitará en cuerpo y alma en aquella morada tan deliciosa en que ya se viera tan dichoso. Pobres locos! entusiasmados se abalanzan como ciegos en medio de los peligros, presentando con gusto su cuerpo al mortífero acero, creyendo que el instante de su muerte es el de su resurrección en el Paraíso. Atiende!

Hizo una señal con su bastón á unos jóvenes que estaban allí cerca ejercitándose en la lucha, los que acudieron corriendo. Sus ojos brillaban llenos de ferocidad contra Raimundo, parecían interrogar al anciano si debían caer sobre él; lo impidió aquel, y preguntó á uno de ellos: «¿Te vá bien aquí?

—Oh! sí por cierto; pero sin embargo deseo partir: conozco muy bien un lugar mucho mas deleitoso y apetecible.

—Cual pues?

—El paraíso del gran profeta, en el seno de la encantadora Fátima, á la sombra de los bananos, junto á la fuente de cristal, debajo de las viñas.

—También conozco este lugar, prosiguió el otro, donde la dulce Zoraida se paseaba conmigo en los bosques de malvaviscos, en que crece la olorosa madre-selva.

—Bien: ¿quisiérais volver allá?

—Ah! sí; ojalá nos enviases, santo y celoso servidor de Dios y de su gran profeta.

—Si lo deseais, subid á esa roca por el lado mas escarpado de ella.

Con la rapidez del rayo subieron por el escabroso peñasco cuya sola vista hacia estremecer á Raimundo: seguramente hubiera sido inaccesible para todo mortal. Antes que volviese de su sorpresa ya habian llegado á la cima y estaban de pié dando gritos.

—Y bien, estais en la cúspide? gritó el anciano.

—Sí, contestaron con resolucion.

—Pues arrojaos abajo! Al instante aparecieron á los piés de Raimundo aplastados como un terron de barro.

El caballero quedó mudo de horror mientras que

el anciano se reía á carcajadas, moviendo con su pié los cuerpos aun palpitantes.

—Los imbéciles creen haber ganado el paraíso con este solo brinco. ¿Pensarías tu darme una prueba de esta clase con tus Turco-cristianos?

—Ellos no temen la muerte; pero yo estimo demasiado la vida de un hombre para perderla en una farsa indigna.

—Vete . . . todavía no eres mas que un chapuceero! exclamó el anciano burlándose, y le volvió la espalda, diciendo:—Se te entregarán tus dos mendigos.

12.

El Sultan de Iconio.

Tiempo hacia que el anciano se perdiera entre los árboles, cuando Raimundo lleno de horror contemplaba atónito los cadáveres de los dos jóvenes. Aquel espectáculo le llenó de indignación contra el viejo embustero, impío, que sacrificaba al error la sencilla fé de aquellos bravos. De buena gana hubiera hundido su acero en el pecho villano impostor, si segun la ley de los caballeros pudiera hacerlo en un legítimo combate. Pero no le era lícito arriesgar su vida y la de los suyos, pues la regla de la

Orden le prohibia, sin previo conocimiento del Maestre, aventurar una batalla incierta cuyo peligro pudiera preverse.

Pasado un rato se presentaron dos asesinos trayéndole los hijos de la viuda.

Mientras los colocaba sobre su caballo procuraron aquellos malvados asestarle una puñalada por detras.

Este era un caso de defensa. Así es que Raimundo con un movimiento hábilmente calculado logró sacar la espada y dejarlos tendidos en tierra antes que pudiesen herirle. Montó luego á caballo y partió al galope, llevando á los niños por delante. Llegado á los suyos ordenó la retirada.

Guido le interrogaba inútilmente.

—Déjame, contestó al fin; voy á contarte todo lo que ha pasado. Liberté dos niños cristianos. Di muerte á dos enemigos, y dos han sido sacrificados á pesar mio. Lo demas podrás saberlo en el campo y cuando demos una batalla decisiva contra el Sultan de Iconio. Pronto será! Si muero, venga tú mi muerte; si triunfo, sabré que ante Dios estoy libre de todos mis pecados. En ambos casos satisfago mi deuda.

Un golpe de trueno.

Esta vida tan llena de catástrofes y angustias tiene por último su crisis definitiva, suspiró Raimundo apoyándose en el tronco de una palmera y mirando hacia el firmamento, aclarado por una brillante noche de luna, mientras que la gente levantaba sus tiendas en una llanura sobre la márgen del Jordan. Hasta aquí, siguiera con tino los consejos del sacerdote, y entre la inflexible rectitud del estricto deber, eligiera una conducta prudente, por cuyo medio habia evitado mas de un descalabro; pero actualmente se requería una resolución.

Desde las últimas escenas con el anciano del monte, corrieron dos meses sin acontecer nada notable.

Los Sarracenos abandonaron en masa el país, y se retiraron á las montañas. Todas las pequeñas hordas que hasta entonces habian infestado los caminos y devastado los campos, cometiendo latrocinios aún dentro mismo de los muros de Jerusalem, desaparecieron del todo.—Habiéndose internado mas allá de Bethlehem con direccion al poniente, cruzando los montes de la tribu de Ephraim, estableciéronse en el desierto que desde allí se estiende hasta el Jordan en varios puntos de aquella comarca.

Al principio parecían querer fijarse sobre el monte Thabor; pero continuaron su retirada hasta la antigua semi-tribu de Manases tras de la montaña de Hermon y del Antilibano.

No podía Raimundo seguir adelante con los suyos, pues conociendo las astucias de que se valían los Sarracenos en la guerra, presumía que estas hordas fugitivas habían de unirse con el ejército del Sultan de Iconio, y fortificándose en aquellos lugares montañosos, lo envolverían y aniquilarían, y fuera una temeridad esponerse á semejante peligro, y además lo prohibían las reglas de la Orden. Sin embargo, los siguió á cortas jornadas para lograr en cuanto fuese posible una posición ventajosa.

Había dado cuenta fielmente de todo al Capítulo en Jerusalem y esperaba ulteriores instrucciones.

Pensaba en su hermana que se hallaba en el claustro de las Carmelitas, en el júbilo de la madre cuando volviese á abrazar á sus hijos; pero lo que más ocupaba su corazón era la suerte de la familia de Abdalah y la inquietud de saber si habían aprovechado de la indicación que por medio de su hermana les había hecho, pues él conocía al Maestro.

El más agobiante de sus cuidados era el destino de Elisa, la que, sea como peregrino ó como doncella, sufría en el cautiverio del Sultan de Iconio, y se estremecía al recordar la horrible condición que el anciano del monte impuso á su rescate. Daba

gracias al Cielo de que hasta entonces no hubiese tenido lugar un combate; pero esto mismo era para él la calma que precede á la borrasca, presagiándole una batalla decisiva para la cual se preparaba el Sultan, á quien era fuerza salir al encuentro, á fin de evitar que con sus hordas inundase todo el pais. Solo faltaba saber lo que resolvería el Capitulo.

—Elisa está perdida si vencemos; y solo se librará si yo secundo el furor de los asesinos y traiciono á nuestro ejército! ¿y qué premio puedo prometerme de esa villanía? que me espulsen de la Orden; que me arrojen de la cristiandad, y tampoco los sarracenos están acostumbrados á guardar su palabra El deber, la razon y el honor me gritan esta vez: ninguna consideracion con los infieles! ¿quién podrá vacilar? Pobre Elisa! ¿Para que has emprendido un tan penoso viaje? Para que tu propio querido ocasione tu sacrificio. ¿Qué tienes tú que ver con la guerra entre los Templarios y el Sultan? Pero ámas á un Templario ah! quién pudiera romper todos estos vínculos, quién pudiera ser libre? La muerte es el gran libertador. Te habia llorado y era ya feliz. ¡Debias resucitar para hacerme mil veces mas miserable? Gran Dios! En mi situacion actual solo debo pedirlos la muerte en la primer refriega, para sucumbir cumpliendo mi deber. Entonces, ella tambien morirá con placer,

cuando lo sepa, y una libre y serena eternidad, donde ningun voto de fierro separe los corazones, nos unirá en el seno de Dios.

El lejano galope de un caballo que se acercaba interrumpió las reflexiones de Raimundo.

—Es Guido! exclamó, como si en él esperase al mensajero de la muerte.

Era Guido, en efecto.

—Esto sí que es trotar! Muchas cosas tengo que contarle, señor Hermano; en primer lugar la enhorabuena de parte del Maestre y del Capítulo.

—¿Qué se ha resuelto?

—La guerra á todo trance contra el Sultan de Iconio.

Esta noticia, aunque esperada, fué un golpe de trueno para el alma de Raimundo.

—La bondad del Maestre te dirige sus parabienes por tu valentia y por la eficacia con que has cumplido sus órdenes. Dentro de algunos dias sale de Jerusalem y de todas las plazas fuertes del reino un poderoso ejército que va á medirse con el Sultan; tambien el Rey sale á campaña. Todos arden en deseo de aniquilar á los sarracenos. Mil rayos van á vibrar sobre la cabeza del Sultan! Qué de sangre va á correr!

—Y la viuda, estará muy alegre con sus dos hijos?

—Es claro: debieras haberlo presenciado; tus nobles hazañas resuenan por todas las calles.

—Y Abdalah?

—Oh! Abdalah ha cumplido su palabra como un príncipe. Tres cadenas de oro, tan gruesas y tan largas como las que en nuestra cárcel sujetaban à él, á su mujer y á Súlamis, y dos cruces de oro legítimo de Arabia, con profusion de diamantes y rubies; tal ha sido el regalo que ha presentado á la Orden; y al Maestre en particular un caballo árabe de la mejor raza, y un caparazon con un primoroso bordado de oro y perlas; y luego (que hombre precursor) dijo al Maestre, que naturalmente ahora se ha hecho su buen amigo: “Yo rescato tambien mis dos hijos para lo futuro, dando por cada uno mil bizantinos de oro, para que nunca vuelva la Orden á llevarlos; igualmente me comprometo á rescatar al jóven peregrino que gime en poder del Sultan.” ¿Qué te parece ese hombre?

—Lo que siempre, un ser noble, que considera la libertad como el mas precioso bien de la tierra.

—El Maestre decia que era una lástima que no fuese cristiano.

—Yo digo lo contrario.

—Vaya, vaya, no penseis de un modo tau pagano.

—Si fuera cristiano no habria hecho mas que su

deber, y lo que hace en cumplimiento de sus deberes no es una bella accion espontánea, porque él hace lo que es fuerza que haga. Pero obrar libremente lo bueno porque es bueno es la carta de nobleza del hombre en general, sea cristiano ó musulman.

—Entretanto no es mas que un pagano ciego.

—Querido hermano! no duermen todos los que tienen los ojos cerrados, y muchos creen tenerlos bien abiertos, y tropiezan en el primer hoyo que tienen por delante.

14.

Ligeras manchas en el horizonte.

Varios pensamientos luchaban en el turbado espíritu de Raimundo. Los confusos enigmas de su vida parecían aclararse de golpe, y lo que su dilatada meditacion no lograra inquirir, se ofrecía distintamente á su vista.

La luna se habia ocultado en el horizonte, y la oscuridad recubria la tierra.

Asi pasando por la noche y la oscuridad de esta vida, llegamos por fin á la luz.

La santa naturaleza en su alternativa de luz y de tinieblas, reproduce como en un claro espejo la

imágen de nuestra vida. El suave resplandor de la luna es la pintoresca region de la juventud y de los ensueños. Los vallen sonrien, las plantas ofrecen su perfume, los arroyos acarrean oro, grotescas figuras en abultadas formas desfilan alegremente.

La oscuridad vuelve solitaria la brillante creacion; Es la fogosa virilidad que sin luz ni discernimiento, se precipita pronta y arrojada en lo mas terrible de la borrasca, sobre las renegridas alas de la pasion. Pero al fin, aparecen ligeras manchas en el horizonte.

Las tinieblas se disipan de golpe. La mañana nos saluda, y lo que la juventud en los ensueños de la serena claridad de la luna nos dejaba presentir, se presenta ahora espontáneo y libre à la luz del sol.

O sino, nuestra vida entera es como el sueño de la niñez en el que recién aparece el dia, cuando vamos ya andando en la noche de la muerte y del sepulcro.

Ligeras manchas en el horizonte anuncian la próxima aurora. Raimundo pensaba en sus claros puntos, contemplando los significativos geroglíficos de la historia de su vida.

De tal modo se difunde el espíritu de la humanidad entre los hombres, que las almas escogidas se

atraen mutuamente con el divino destello del amor. El es quien ha producido todas las bellas acciones, y no el espíritu de proselitismo y de secta. Con su dulce simpatía embalsama las heridas que causa en la humanidad el espíritu de locura y de persecucion.

15.

**Los preparativos. Los pasajeros
de Iconio. El botín.**

De día en día iban acumulándose en el campamento nuevas huestes de soldados. El pequeño destacamento se había trasformado en un poderoso ejército. Dentro de algunos días se aguardaba al Maestre en persona con la guardia de honor del Rey.

Raimundo, resuelto á buscar la muerte, no tenía ya mas pensamiento que el triunfo de la Orden. La idea de sucumbir cumpliendo su deber, constituía su dicha. El ejército avanzaba animoso al encuentro de su destino. Tuvieron en los montes algunas escaramuzas con los flecheros árabes y con la caballería ligera de lossarracenos que huían á la primera carga internándose mas adentro en las montañas.

Una noche que despues del calor bochornoso del

sol reflejado por los desnudos y angulosos peñascos, habia salido la luna á mostrar su faz serena y melancólica, Raimundo se sentó delante de su tienda para refrescarse con la suave brisa de la noche. Estaba cavilando sobre su suerte, cuando una porcion de giuetes se acercaron galopando hácia él.

— Traemos botin, gritaron todos, arrojando fardos de mercaderia y bajando al suelo canastos con efectos que habian quitado á los mercaderes sarracenos que iban de viaje.

— Los efectos entrarán en el tesoro; pero ¿qué haremos con esta hermosa infiel?

— Por el amor de Dios, librame, exclamó la joven; soy Súlamis. Las mercaderias que traen pertenecen á mi padre. Venimos de Iconio.

Diciendo esto, separó el velo, y Raymundo reconoció al resplandor de la luna sus hechiceras facciones. Ya sus palabras le recordaron el acento de su querida, sin que precisase mas prueba.

— El botin queda aquí, y la jóven se guardará religiosamente en mi tienda, hasta que yo hable con el gran Maestre, dijo Raimundo retirandose á su tienda.

Allí encontró á Abdalah, que ya estaba en negociaciones con el Maestre acerca del rescate de Súlamis, y le ofrecia dejarle toda la carga de mercaderias por recobrar su hija, para lo cual invocaba tambien la proteccion del Rey. Al principio, el gran Maestre se mostró inexorable; sin embargo, se

ablandó en seguida, y contra lo que esperaba Abdalah, se contentó con la tercera parte del botín, encomendándole que á su llegada á Jerusalem depositase aquellos intereses en el tesoro de la Orden.

El anciano besó con reconocimiento la orla del manto del Gran Maestre; y este dió á Raimundo el encargo de acompañar al sarraceno con una partida de los suyos.

Ya se deja adivinar la alegría con que Raimundo recibió esta orden.

El alborozo que ocasiona una dicha tan inesperada como era la de ese encuentro, brillaba en el rostro de Raimundo, de Súlamis y Abdalah, que vertían las mas dulces y copiosas lágrimas. Luego que los tres quedaron un poco atras de la escolta que Raimundo habia enviado adelante so pretexto de preparar alojamiento para Súlamis, el padre de esta empezó á desahogarse con Raimundo.

— Tu has obrado noblemente, pero el Gran Maestre no se ha portado con hidalguia. No merece tener á su servicio á tan noble caballero como tú.

— Yo me considero como el mas pequeño y como el mas indigno de sus servidores y de los hermanos del Temple.

— Basta, querido Raimundo, esas son frases que se usan en la Orden, pero que ni aun allí tienen gran peso. Pero, hablemos un poco mas claramente. Tu

amas á mi Súlamis. Tómalas con todos mis tesoros, huye con nosotros á la Arabia feliz, donde no se conoce la pisada de un cristiano, y sé dichoso. Abandona un vínculo absurdo que repugna á la naturaleza, y que es imposible agrade á Dios.

Raimundo miraba delante de sí atónito. Despues de una pausa, contestó: ¿Y habré de renegar á mi Dios y Salvador?

— ¿Quien pide tal cosa? Sigue viviendo como cristiano entre nosotros; aléjate cuando el iman llame á la oracion; ora á tu Dios y segun tu rito; pues de cierto, para todos nosotros no hay mas que un solo y mismo Dios.

— He prestado juramento á la Orden!

— Ah Raimundo! tu juramento Dios no lo ha recibido. Abandona este deber terrible del que tantas crueldades y tantos escándalos se cuentan. Vé esta hermosa doncella que te ha ofrecido todos sus encantos, sé feliz en sus brazos, sé buen esposo y padre...

— Mi corazon me dice que tienes razon; pero mi conciencia se pronuncia contra él de un modo terrible.

— Pues conoces tu un juez mas alto que la razon? Habla el espíritu de Dios otro lenguaje?

— Ah, Dios! acaso sé yo si poseo una razon? Acaso no he renunciado á ella al entrar en la Orden?

— No, no te atreverás á sofocar en ti ese destello

divino; el vive en tí, oh! sigue su llamamiento. Vé á esta jóven. Ella te ama. Tu serás feliz con su amor; y quieres abandonarla y sumergirla en la desesperacion? Piensa en lo que será de ella.

—Yo no sobreviviré á tu separacion, exclamó Sùlamis colgándose á su cuello, y derramando un torrente de lágrimas.

—Oh Dios misericordioso! inspírame lo que he de hacer, gritó Raimundo con voz desfallecida, cruzando las manos sobre su cabeza.

16.

**Un mismo dolor en dos corazones.
Hermosa abnegacion.**

—Sigue el impulso de tu corazon! dijo una voz que se dejó oír á su espalda y que parecia salir de lo mas profundo de un alma agoviada por el dolor.

—Qué es esto? exclamó Raimundo fuera de si, viéndose y viendo á un hermoso jóven apenas llegado á la pubertad, que acababa de caer al suelo desmayado.

—Casi se me habia olvidado, dijo Abdalah, tenia que presentarte al jóven esclavo que poco há he comprado al Sultan de Leonio. Este es.

—Justo Dios, mi Elisa! exclamó arrojándose á

socorrer á la desmayada. Levántate, amante y fiel criatura; vuelve en ti. Ah! es la novia que tenia en Escocia, y que me ha venido siguiendo hasta aquí.

—Tenias una novia en tu patria y has podido abandonarla! dijo Súlamis indignada. Los ojos de la musulmana, creyéndose traicionada, destellaban chispas de furor.

—La creia muerta, y el dolor de su pérdida me condujo á la Palestina. Elisa! Elisa mia! vuelve en tí; yo soy quien te llamo á la vida. ¿Debia hallarte sobre la triste orilla del Jordan, para perderte para siempre?

Abrió Elisa los ojos que fijó en Raimundo, llorando á torrentes.

Levantóla este, apretándola entre sus brazos, y cubrió su rostro con besos de fuego que la llamaron á la vida.

Recobrado el uso del language, se contentó con decir á Raimundo: Has podido engañarme! . . . pero yo te perdono; y dirigiéndose á Súlamis, continuó: tu padre me ha rescatado del cautiverio y del deshonor. A él le debo mi mas alto bien, la libertad; por ella te cedo á mi amante. Renuncio á mis derechos sobre Raimundo. Sepárome de él para siempre.

—No, no, alma sublime! le gritó Súlamis abrazándola; lejos de mí la idea de estorbar tan sagrada

union. El te pertenece. Yo me retiro con vergüenza. Infeliz de mí, que es fuerza que así lo haga! Dichosa tú que puedes reconvenirle sin tener la conciencia de la mas dulce culpa. Allá en los campos felices de la Arabia procuraré olvidar que alguna vez lo fuí con él.

—Elisa ¡mi Elisa! tú tambien me abandonas? tú tambien te separas de mí?

—No soy yo tú eres el que te has separado. Lleno de orgullo con los honores de tu Orden, has dado la espalda á la humanidad, has pisado temerario sus derechos ¡Dios mio! Este es el premio de mi amor?

Oh Dios! por qué no me vuelves loco ó aniquilas para siempre, tú que puedes tan fácilmente librar á un hombre de sus miserias! exclamó Raimando, en la dolorosa y terrible esplosion de su desgarrante lucha entre el deber y el amor; ya he renunciado á los placeres de esta vida, á que tú nos atraes, pobres mortales; ahora solo falta que renuncie tambien á tu cielo, y que en mi eterna miseria me precipite en el eterno é insondable caos de la nada.

—Cristiano! no ultrages á tu Criador! gritó Abdalah. El salvaje desbordamiento de la desesperacion del cristiano falto de fé habia chocado altamente al religioso Musulman.

—No hay tal caos de la nada! En todas partes

está presente el espíritu de Dios. Su omnipotencia abarca todos los espacios. Tú, hijo de su polvo, no lo has de evitar. Es en valde que el gusano se repliegue sobre sí mismo bajo la planta del inesperado viagero que con indiferencia lo destruye al pasar Era su destino!

—Oyeme, óyeme por la última vez, amado Raimundo, dijo Elisa con ternura: en otro tiempo prestabas grande atención á cada una de mis palabras; considera que en este momento recibes las últimas voluntades de un moribundo

—Yo tenía motivos para creerte muerto, debía considerarte perdido, cuando, á mi llegada á Roma supe que habías ido á Palestina, cementerio de la cristiandad de Occidente. Presumí que no existieses, pero por eso no dejé de esperar, y seguí hasta encontrarte, con el solo objeto de servirte como escudero en el campo de batalla y allí vencer ó morir á tu lado, escudándote con mi pecho y recibiendo en él las flechas que sobre ti viniesen. Si entonces por acaso hubieras echado una furtiva mirada sobre tu pobre y fiel escudero, que recién caído de su caballo revolvía aun los ojos sobre su rostro agonizante, hubieras reconocido á tu Elisa, y si no la reconocías, de todos modos implorarías la misericordia de Dios sobre su pobre alma, y el enigma de nuestro destino tuviera así mismo para ambos un buen desenlace Pero si tú caías herido, yo

te hubiera cuidado y servido, reconocerias en tu fiel servidor á tu Elisa, y en mis brazos habrias curado ó muerto. En el último caso, hubiera tomado los hábitos religiosos, y en mi celda solitaria orára y llorára por tí, hasta aquella hermosa tarde de felicidad en que todos nos hemos de ver en la nueva Jerusalem. Pero no estaba así decretado. Despues de tantos peligros que por tí he arrostrado, despues de tantas angustias y miserias, debía hallarte para apurar la última y mas amarga copa de las pruebas: tu infidelidad. Dios sea loado! ya la he bebido. Infiel á mi amor, entraste en los Templarios, é infiel á Dios y á tu Orden, amas á esta hermosa pagana. Está bien! ya ningun vínculo te liga á mí; ni mi amor podrá conducirte al cielo ni separarte ya del infierno. Eres libre. Te renuncio. Me sepultaré en un claustro y oraré por tí. Recibe el último adios! y todos los vínculos quedan destruidos entre nosotros.

Con una especie de frenesi lo estrechó entre sus brazos, desechándolo al punto con altivez.

—Se acabó! ahora busca tu destino, que el mio ya está decidido. Adios!

Y volviéndole la espalda principió á caminar.

—No, no, hermana, le gritó. Súlamis vertiendo un torrente de lágrimas, quédate conmigo. De ti aprenderé á sufrir y á resignarme.

—Solamente nuestra fé es la que enseña esta

consoladora necesidad de la vida, contestó Elisa.

—La doctrina tiene mas persuacion en boca de una jóven virtuosa y desgraciada. Vuestra religion que enseña á amar, á sufrir y á perdonar, no debia tener otros maestros, para que ningun lábio de hombre profanase la dulzura que ella encierra. Ven conmigo á la Arabia, allí olvidaremos y aprenderemos.

—No, no, junto á tí no puedo ser feliz, tú me robas á mi amante.

—Yo lo renuncio como tú.

—Sea! exclamó Raimundo: yo tambien renuncio á esta vida lléna de quebrantos y agonias. Dejadme ir á la última batalla. Dejadme buscar en el combate á la suerte decisiva. La flecha benéfica de algun asesino ó el damasquino de algun sarraceno desatará este inextricable nudo de mi lóbrego destino! Mas si aun aquí la muerte huye de mí, oh! entonces estoy libre de mi juramento, huiré de la Orden para siempre y me sepultaré en los desiertos de la Tebaida. Adios! aquí no nos volveremos á ver. Dijo: y entregando á otro caballero el mando de la escolta regresó al campamento.

Las hermanas del hospital.

Abdalah se quedó mirando al fogoso joven, y Súlamis yacía en los brazos de Elisa que atónita contemplaba el cielo como si quisiera buscar allí alguna contestacion, ó pedir algun consuelo para su angustiado corazon á las estrellas que se elevaban al oriente.

—Oh! cuán hermoso brillas, favorable lucero, estrella del amor y precursor de las celestes nupcias! Tu aparicion envia el consuelo en el pecho del errante viajero y la dulce esperanza en el corazon de la amante que á tu luz contempla su anillo de desposada. El viajero te mira como á su fiel conductor desde el lugar de su tránsito á la patria querida, y la desposada como al precursor de la santa iniciacion conyugal. Envia tranquilidad en mi corazon y guíame al término de mi viaje. Mi resolucion es firme.

—Y la mía tambien! exclamó Súlamis y deramando un raudal de lágrimas, se arrojó entre sus brazos.

—¿Qué es lo quieres hacer?

—Oh! no me lo preguntes. Ciertas cosas hay que una no las conoce hasta despues de ejecutadas. Tu has encendido en mi corazon una chispa sagra-

da, y ella arderá como una llama que me ha de consumir con mi amor.

—De las lamas se forman las estrellas? suspiró Elisa sonriéndose melancólica y mirando al firmamento donde empezaba á multiplicarse el ejército de las estrellas conforme iba en aumento la oscuridad.

Así el ojo de la fé divisa al través de la oscuridad de la vida lejanos y brillantes mundos que el resplandor de una pasajera circunstancia adornada de un accidental prestigio oscurece momentáneamente.

Abdalah procuraba consolarlas, pero ya lo estaban: Elisa en la fé, Súlamis en el amor y la esperanza.

Llegaron por fin á Jerusalem. Elisa se dirigió desde luego á casa de la viuda que sintió la mas viva alegría al verla libre; pero que al mismo tiempo recibió con dolor la noticia de que iba á entrar en el claustro de las hermanas del hospital. Súlamis que la habia acompañado, se despidió cariñosamente de su generosa amiga; Elisa se hizo anunciar á la madre superiora.

En todas las situaciones la mujer, esencialmente destinada á ser la compañera del hombre, se consagra á su alivio. Aun en aquel terrible extremo en que un voto de fierro la separa del lado del amante y del esposo, y en que el objeto que tuvo en vista el

bondadoso creador de la naturaleza no puede ya cumplirse, ella está de pié junto al lecho del moribundo, cuida y sirve al enfermo, y mitiga las angustias del agonizante.

Tal es el grandioso objeto de la Orden de las hermanas del Hospital. Esta institucion fué fundada para acoger las almas tiernas y desgraciadas que renuncian al mundo, á quienes ni la mano de un esposo, ni las inocentes caricias de la infancia han brindado consuelo, y las que han sido abandonadas por un amante infiel. Ellas se consagran á la oracion y al servicio de los enfermos, sufren con gusto todas las privaciones, y mientras la flor de la nobleza del occidente de Europa acude bajo la bandera de la cruz á las regiones sagradas, para desalojar al Sarraceno, una multitud de nobles doncellas, animadas del mismo celo religioso, renuncian á todos los goces mundanos, se reúnen para endulzar con su noble abnegacion y afectuosos servicios el triste destino del guerrero herido por el acero del infiel Musulman.

El amor en sublime alianza con la abnegacion, se afana en curar las heridas que causaron el fanatismo y el encono de las humanas pasiones.

La superiora recibió á Elisa con afabilidad y esta empezó á contarle la historia de su vida, en cuanto era conveniente instruirla.

—Considera, decia aquella; considera, amada

criatura, el paso que vas á dar. La resolucíon se toma en un momento, pero el arrepentimiento es tan duradero como inútil. Si por acaso tienes todavía la mas mínima esperanza en el mundo retrocede mas bien, te lo pido por los santos del cielo!

En nuestra regla austera, despues de haber cantado en el coro y recitado el breviario, no está todo concluido. Nuestras hermanas no se hallan tampoco resguardadas por las paredes y rejas contra las instigaciones de los hombres. Aquí existen deberes mas pesados que cumplir; aqui hay que pasar por pruebas mas difíciles.

A cualquier hora, sea de dia ó por la noche, tendrás que estar dispuesta á servir á los enfermos y arrostrar la fetidez de sus heridas; tendrás que aprender á sufrir los caprichos y mal humor de los dolientes, y todo lo que tiene de humillante y desabrido el oficio de enfermera; y sin embargo, no obtendrás por ello mas galardón que la conciencia de haber cumplido el deber de la regla. Muy al contrario de lo que sucede á la esposa ó á la querida amante que asiste al lecho en que yace el objeto de sus afecciones, y le prodiga sus desvelos y sufre sus genialidades, pero sabiendo por lo menos que ella se consagra á su querido amante, al padre de sus hijos, y que á pesar de tanto cansancio y sobresalto pronto vendrán momentos mas alegres á endulzar todos sus trabajos. Aquí es distinto. Solo

vienen á nosotras los enfermos, y los sanos nos dan la espalda; cuando mas agradecido nos queda el que acaba de sanar, nos dá un apretón de mano, y por toda la molestia que con él hemos tenido, se contenta con un ceremonioso y frío: Dios os lo pague!

Y esto no es todo. No acuden aquí tan solo los achacosos y ancianos, y los que se hallan macilentos y estenuados por la enfermedad ó la vejez. La mayor parte son heridos que traen del combate con los Sarracenos y cuyos miembros vienen atravesados por las flechas ó la lanza de los infieles; y estos enfermos son hombres en la fuerza de la edad y jóvenes de cumplida hermosura. Nosotras las mujeres somos débiles, y ni el velo de la órden empareda nuestros sentidos y nuestro corazón. Y entonces cuando con la salud vuelven las fuerzas al joven guerrero, muchas veces su agradecimiento hácia la amable enfermera, se transforma en amor, y lo que en esta era compasión al principio, degenera pronto y sin advertirlo en simpatía y en cariño ardiente que no para hasta dar en Ay de tí si pudieses tener un desman! Seguidamente serias emparedada en vida.

—¡Respetable madre! replicó Elisa, agradezco me hayais explicado por menor los deberes austeros de la Orden; pero no por eso retrocedo de mi resolución. Este mundo no me presenta ya ningún alhago, el amor no me brinda ya con ninguna flor,

pues mi amante se ha hecho Templario, y se ha dedicado al servicio de la cristiandad. ¿Qué mejor cosa puedo hacer á mi vez que consagrarme al servicio de los que pelean por la causa de la fé? Sé muy bien lo que es sufrir la miseria y las privaciones, y harto familiarizada estoy con las pasiones é injusticias de los hombres. Por lo que hace á peligros de seducción podeis confiar en que ella no logrará tener entrada en mi corazon. Demasiado conozco la inconstancia é infidelidad de los hombres, fuera de que no se ama mas que una vez, y yo he amado!

—Bien está, te he manifestado sin reserva los austeros deberes de nuestra regla severa. Persistes y por lo tanto yo quedo libre de toda culpa, de todo reproche, y si llegases á apesadumbrarte, si llegases á conocer que abrazaste compromisos que te era imposible llenar con paz de tu alma y tranquilidad de espíritu, no tendrás justicia para acusarme delante de Dios !

—Yo me consagro con la intencion mas pura al alivio de la humanidad doliente. Dios no me rehusará su fortaleza y su gracia en el momento del peligro.

La superiora le señaló un año de noviciado; pero Elisa no cesó en sus instancias con ella para conseguir ser admitida á prestar los votos.

Cedió al fin, y con respetuoso asombro admira-

ban las religiosas el impaciente fervor de la nueva profesas.

18.

La conciencia de haber cumplido su deber. El tiempo cierra todas las heridas.

Ana, la hermosa monja carmelita, habia sabido con mucho interes y compasion la historia de Elisa, y acudia con frecuencia al convento de las hermanas del Hospital á consolar á la infeliz amante de su hermano. Tenia con ella largas conversaciones acerca del fin de la vida, y deciale que el mayor consuelo de una alma virtuosa consistia en la conciencia de haber hecho su deber, y que el tiempo cierra todas las heridas, cuando el ánimo no se opone pertinazmente á ello. Si pudiésemos, ó mas exactamente si quisiésemos alguna vez reflexionar con un poco de calma y deliberacion sobre nuestra suerte, deciale en una de sus intimas y consoladoras conversaciones, frecuentemente hallariamos con gran vergüenza nuestra que no tenemos á quien acusar de nuestra infelicidad mas que á nosotros mismos, porque osamos resistirnos al destino ó evadir sus caprichos. Si quisiéramos

condescender á tomar un paso mas igual al que lleva nuestra existencia, y no aspirásemos á vivir por antelacion y anticipar sus periodos antes que ellos apunten, no hay duda que en la esfera en que nos es dado movernos, nuestros p̄asos serian mas firmes, sobre todo menos escabrosos. Mi hermano se dejó dominar por una desgracia que solo le amenazaba y á la que tanto él como su padre podian hacer frente. En seguida desmayando con la mera sombra del golpe, corrió hácia Roma, y de allí á Palestina. Y aun eso lo podia hacer sin tomar y ejecutar precipitadamente la resolucion de entrar en la Orden de los Templarios, y renunciar á la humanidad. A la hora en que estamos os habriais vuelto á ver, como ha sucedido, y seriais dichosos. Pero ya se acabó.... No obstante, es forzoso que sigais en el camino en que desde el principio habeis entrado y lo que os ha sidó imposible alcanzar con la esperanza debeis esforzaros á conseguirlo por la abnegacion, y el término de la lucha será el descanso.

— Pero, dime, tú has amado? preguntó Elisa á la carmelita que tanta serenidad mostraba, y que tomando en aquel momento su báculo de peregrino, hacia sonar los alegres cascabelillos.

— Te figuras acaso que soy insensible, porque consigo conservar mi espiritu sosegado? Ah! es mucho

lo que he amado y quizá fuí mas infeliz que tú: pero he aprendido á renunciar!

—Tú misma te haces sorda á los sentimientos que te abrumen.

—Oh no! los dirijo hácia otros objetos hácia la amistad, hácia la hermosa naturaleza, hácia la probabilidad quizá de ver de nuevo à quien por fin hacia todo lo que la vida tiene de agradable, menos el amor.

—¿Conoces tú algun himno ó armonia de la naturaleza en que no se hagan oír los sagrados acentos del amor?

—Hablando con sinceridad, no; pues siempre vuelven á resonar en mis oídos, los siento en todas partes, y no puedo menos de decirte que eso me entristece algun tanto; pero, pronto levanto mi báculo con sus campanillas, y su dulce retintín infunde la tranquilidad en mi corazón, como la campana de la tarde consuela al cansado labrador anunciándole que es hora de cesar la penosa tarea.

—Aquí está mi laud. Cuanto há que sus acentos han enmudecido! y sin embargo en otro tiempo el correr por un momento mis dedos sobre sus cuerdas bastaba para convertir la tristeza en esperanza!

—Y ahora puede ser que inspiren la resignación.

Elisa tomó su laud que desde el principio le habia traído la viuda con el asenso de la superiora, y que en las solitarias y prolongadas noches de invierno

constitua el único objeto que simpatizara con su congoja y sollozos. Se estremecian sus dedos sobre las cuerdas que vibraban sin fuerza, con un tono triste y plañido, y luego como poseidas de algun presentimiento y reanimadas por una fé vivificante entonaban una solemne y religiosa melsdia.

19.

**El Escudero. El viaje. Una chispa
que se transforma en una llama
abrasadora.**

Abdalah hizo lo que el sábio debe hacer cuando no le es dado resistir al destino; es decir, se sometió.

Pero despues de su regreso á Jerusalem dispuso de sus bienes inmuebles, y se preparó para hacer un viaje á Arabia que habia permanecido libre de disturbios. La guerra, decia, no es aborrecible tan solo porque arrebatá y destruye á tantos hombres buenos, sino principalmente á causa de la gran multitud de hombres malos que de ella surgen. No puedo dejar á mis hijos en la actualidad y para el porvenir un tesoro mas estimable y mas sagrado que una buena direccion de sus sentimientos, un espíritu de serenidad y benevolencia, y este no lo hallarán aquí sobre las orillas del Jordan que triste-

mente acarrea sus aguas enrojecidas con la sangre de nuestros hermanos en religion.

Súlamis, oyendo el discurso del anciano, lloraba y veia con íntimo desconsuelo los preparativos del viaje. Amaba á Raimundo y no podia separarse de él. Elisa habia dejado caer en su alma una chispa que se habia convertido en una llama devoradora. Quería vivir con él ó morir con él. Lo que en Elisa habia sido una simple idea, para Súlamis era un proyecto efectivo.

La lucha interior que le ocasionó el pensamiento de abandonar á sus padres fué larga y terrible; mas triunfó el amor. No bien habia salido de Jerusalem Abdalah con sus domésticos y demas familia cuando aprovechando una ocasion, desapareció de entre ellos, quedándose atrás con la compañía de solo un esclavo de confianza. Procuróse una yegua árabe y una armadura, y se hizo anunciar á los síndicos del Temple en calidad de doncel voluntario para la guerra por la santa fé. Despidióse de su fiel esclavo, encargándole que corrido algun tiempo hiciese llegar á sus padres la noticia de que: “no volverian á estrecharla entre sus brazos á no ser con Raimundo y como esposa suya.”

En vano fué que su anciano servidor, que habia encanecido en el servicio de Abdalah, emplease toda su elocuencia y hasta vertiese algunas lágrimas para disuadirla de su intento. Ella le dejó con la palabra

en la boca, rodeado de una multitud de jóvenes templarios, hombres de armas y escuderos.

Disfrazado el rostro con el zumo curtiente y amarillo oscuro de una planta especial, y llevando á mas un yelmo de visera baja y entera, llegó al campamento y se dirigió luego á la tienda de Raimundo. Cabalmente se hallaba herido á la sazón y yacía recostado sobre una esterilla, habiendo dispuesto el cirujano que saliese á causa de la gran postracion de fuerzas que en él se notaba.

Desde aquel acerbo momento de la separacion de Elisa y Súlamis, habia resuelto terminar su existencia. En todos los combates buscaba la muerte. En cada uno de ellos se arrojaba furioso y penetraba por entre las huestes enemigas. Su espada mataba y heria, cortaba y golpeaba, cual rápida y aniquiladora centella; pero solo él parecia invulnerable, hallando en vez de la deseada muerte, los laureles del triunfo y la fama del héroe, con las reconvencciones del Maestre relativas á que en contravencion de los institutos se esponia al peligro de un modo tan temerario.

Los cristianos acababan de ser batidos en una refriega y venian de retirada. Esta vez la pérdida se habia hecho notar. Raimundo tuvo dos caballos muertos en la pelea, y á su lado sucumbieron sus compañeros de armas. Su fiel escudero espiró delante de él, atravesado el cuerpo por la lanza de un

Sarraceno. Lo que es él tan solo despreciaba la muerte. Para vengar á su pobre escudero se abalanzó con nuevo furor en medio de los escuadrones enemigos haciendo volar su espada á diestra y siniestra, y recibiendo heridas que esperaba le harían perder la sangre. En vano! un grupo de los suyos siguiera cou denuedo á su gefe, y causando mil estragos vengaron cien veces cada una de sus heridas; ellos lo alzaron del campo y le condujeron á punto seguro.

—Precisais de un escudero? preguntó con voz disfrazada Súlamis. Aquí me teneis para serviros; os asistiré con esmero y fidelidad.

Por mas desconocido que apareciese su rostro con el color oscuro de la composicion, sus facciones despertaron sin embargo en la fantasia de Raimundo el recuerdo de su amada Súlamis, y aunque no pudiera presumir fuese la misma querida doncella quien se le presentaba bajo aquel disfraz, la dulce atraccion de la semejanza tocó simpáticamente su corazon á favor del jóven doncel.

Desde aquel momento no se separó Súlamis del lado de su Señor, á quien atendia y servia con todo el celo de una amante esposa, vendándole las heridas y cuidando de su persona con tanto afan y acierto que pronto el enfermo se halló fuera de peligro.

El espíritu de Raimundo se entristecia á propor-

ción que sus heridas iban sanando porque veía que la muerte, á que aspiraba, se habia alejado, prolongándose una existencia que era un peso insoportable para él.

El vivir en una misma tienda y la conducta del escudero habian inspirado confianza á Raimundo. Y cuando una vez le habia preguntado aquel: ¿qué es lo que os aflige, noble señor? le habló de los dias de felicidad y tierno amor, que gozára en los brazos de la encantadora Súlamis.

—Estos placeres puede ser que vuelvan para vos, dijo ella.

—Oh, no! nunca, contestó Raimundo exhalando un hondo suspiro; para mí ya todo está perdido.

—Tal vez no. Alimento la esperanza de veros de nuevo dichoso. Vuestras heridas os hacen ya inútil para el servicio de las armas, y ahora podeis dejar el ejército y embarcaros para la querida patria. El Santo Padre os remitirá los votos, y sereis feliz en los brazos de vuestra amante esposa.

—Ah! Súlamis es perdida para mí.

—No lo creais! ella os sigue como vuestra sombra.

—Qué voz! . . .

—Perdonad, Raimundo, perdonad el exceso de mi amor! soy Súlamis.

Raimundo la miraba con asombro y arrobamiento.

—A la verdad, eres tú! el corazon me lo dijo desde el primer instante. Cuál ha sido tú arrojó!

—Todo por tí!

Abrazáronse vertiendo las mas dulces lágrimas. Raimundo se sentia muy feliz con la presencia de la amante doncella, y la vida que un momento antes era para él la carga mas agoviante se trocàra como por encantos en una bendicion. La presencia de Súlamis obró con mas eficácia que todos los bálsamo de Arábia y muy pronto se halló completamente restablecido.

—¿Qué ha sido de Elisa? preguntó con interés.

—Se retiró con nosotros á Jerusalem entrando alli en un claustro. No he sabido mas de ella.

El amor iba estableciendo entre los espíritus una union mas íntima, avivando la creencia del amado; y esta creencia se ligaba en armonia con los objetos de su mas intenso cariño. Súlamis escuchaba con placer las verdades de la fé cristiana y deseaba iniciarse en ellas. Raimundo empezó á instruirla y la enseñó á rezar.

Una noche que la naturaleza se habia revestido con la gala serena y pomposa de las nubes de nácar que formaban un trono á la plácida lumbrera de los amantes, salieron del campo, dirigiéndose hacia una cascada que con melancólico murmullo se

despeñaba de una roca y se esplayaba luego en un arroyo placentero y tranquilo, sombreado de sauces, y cubiertos sus bordes de jacintos y narcisos.

Detuviéronse allí; Súlamis cruzó los brazos sobre el anheloso seno, y elevando sus ojos hácia las estrellas, pronunció con ardorosa fé el credo de la santa iglesia católica. Raimundo derramó sobre su cabeza el agua de la fuente cristalina, y pronunciando al mismo tiempo en su carácter religioso las palabras sacramentales, bautizó á Súlamis.

Retiróla en seguida del arroyo y llenos de amor y de fé se abrazaron los dos cristianos. Raimundo se sentia mas fuerte desde que esta amable criatura estaba á su lado, y su pecho ansiaba con ardor emprender nuevas hazañas por la causa de la religion. Animoso corrió otra vez al combate y logró por su heróica conducta el ilustre renombre del guerrero. Súlamis como fiel escudero y como ángel protector no se apartaba nunca de su lado,

La noticia de que el Sultán de Iconio se presentaba de nuevo á campaña con un fuerte ejército, ocasionó un movimiento general. Decidiéronse los cristianos á salir al encuentro del enemigo y se alzó el campamento. Al cabo de doce dias de marcha se avistaron ambos ejércitos, y se trabó una accion decisiva.

Raimundo con su hueste y acompañado de su querido escudero fué de los primeros que entraron en

la refriega. Ninguna de las dos partes estaba con ánimo de ceder. El anciano del monte se había preparado con una banda de asesinos; los templarios por su parte trajeron gran número de turco—cristianos. El encono y la rabia eran iguales en uno y otro campo. El denuedo y furor de los gefes, cual una chispa eléctrica, se comunicaba á los demas combatientes, y Súlamis lidiaba contra sus antiguos hermanos en erencia, con la bravura de un verdadero turco—cristiano; inutilmente le recomendaba Raimundo la precaucion y que se retirase de la pelea cuando la multitud de los enemigos le rodeasen de cerca. “No, jamás, esclamaba, poseida de un encarnizamiento increíble, contigo triunfar ó contigo morir! Tanto me avengo á la muerte como á la victoria.”

Las lanzas amenazaban á Raimundo por todos lados; de todos los puntos llovian sobre él las flechas y el filo de las espadas resbalaba sobre su yelmo de bronce.

—Santo Dios! gritó de repente Súlamis: allí estoy viendo al Anciano del Monte, no me engaño, él es. Ah! que ocupado está, el viejo impostor! El solo es quien infunde valor á esos ciegos y estúpidos asesinos. Oh! quién pudiera librar al mundo de este monstruo! A mi, cristianos!

Abalanzóse con Raimundo por entre las filas ya desordenadas, y fuése derecho sobre el Anciano del

Monte. En vano sus asesinos hicieron por defenderlo. Súlamis le acometió con su lanza y atravesó el cuerpo del infame, que espumando de rabia y arrojando blasfemias contra los cristianos y su furioso exhaló su negro y maldecido aliento. Aun al tiempo de caer reconoció á Raimundo, y con diabólico despecho le asestó un bofetón con su mano ensangrentada, diciendo: “Si, habeis vencido, perros cristianos! malditos seais! y maldito sea yo que he vivido para ver el baldón de los buenos creyentes! Hermanos, vengad, mi muerte.”

—Triunfamos, gritó Raimundo. El Anciano del Monte ha caído! Dios está con nosotros y la Santa Virgen.

Este grito repetido por miles de voces lo fué también por los ecos de las montañas vecinas, y el júbilo de los cristianos victoriosos anunció á las tropas del Sultán que el Anciano del Monte acababa de sucumbir.

Los sarracenos huyen inmediatamente, avanzando en su persecucion los cristianos.

—Has hecho una hazaña heróica, dijo entonces Raimundo á Súlamis; tu solo ejecutaste lo que otros miles no osaron acometer! Abatiste al monstruo mas peligroso que existia en el universo. Ahora descansa sobre tus laureles, no vayas mas lejos en persecucion del enemigo.

Si, descansaré, dijo Súlamis con voz desfallecida

y suspirando apenas. Cumpli mi deber en expiación de mis crímenes para con la Orden.

—Qué hay? qué sucede?

—Que muero!

—No estás mas que cansada!

—Sí, Raimundo, estoy cansada. Pero sabe tambien que en aquel momento mismo que hundi mi lanza en las entrañas del anciano, las mias fueron igualmente atravesadas por la de un asesino, y esas lanzas están emponzoñadas La muerte empieza ya á enfriarme el corazon pronto

—No! no! Salvad á ese jóven, curad sus heridas, es preciso que viva si no quereis que yo mismo expire.

Sacáronle la armadura y empezó la sangre á correr; sin embargo tuvo aun bastante posesion de si misma para advertir á su amante cuidára de que no fuese descubierto su sexo.

Raimundo se arrojó sobre ella y cubrióle el rostro de besos. Súlamis abrió los ojos por última vez; se sonrió y volviéndolos hácia el cielo, los cerró para siempre.

Fué preciso emplear la violencia para alejar á Raimundo del cadaver de su querida; ni habia reparado en las heridas que durante la refriega recibió en varias partes del cuerpo. Pero en aquel momento cayó desmayado, tanto en razon de la pérdi-

da de sangre, enanto á causa del aterrante espectáculo de la muerte de su amante.

El cadáver y el desmayado fueron conducidos á un sitio que quedaba á alguna distancia del ejército. Los cirujanos vendaron las heridas de Raimundo, y aplicado en ellas un bálsamo, le trasportaron á la enfermeria de la Orden,

El cadáver fué llevado con el bagage y al tercero dia restituido á la tierra.

Durante el desmayo de Raimundo los hombres de armas desnudaron á Súlamis, y al aflojar un poco la coraza, que dejó sobresalir sus nevados pechos, fué descubierto su engaño. Muchos de ellos reconocieron en esas facciones á la encantadora hija del sabio Abdalah.

El rumor llegó pronto á oídos del Maestre, quien se condujo como si se le dijera una cosa ya sabida. “Teníamos ya noticia; (dijo con su habitual sangre fria que nunca le abandonaba,) que nuestro fiel y querido hermano Turcopolista ha robado á esa doncella y le ha hecho abrazar la fé cristiana. Ella ha combatido valerosamente por la causa de Dios y se ha hecho digna de la gracia que el Señor le ha conferido en las aguas del santo bautismo.... Ella ha muerto como una heroína y como un mártir, cuidareis de sepultarla en un parage solitario, y desgraciado de aquel que, en Jerusalem ó en cualquiera otra parte, hable mas de esta aventura.

Los escuderos cabaron un sepulcro junto al lugar donde habian depositado á Súlamis el dia anterior, y haciendo en él una cama de flores y ramas verdes colocaron los restos de la hermosa guerrera cubriendo la tierra con cesp ed y plantando en su recuerdo algunos cipreses y sauces para que durmiese á su sombra.

Los sacerdotes consagraron el lugar entonando himnos solemnes y recomendaron á la piedad divina el alma del malogrado doncel, mientras que Raimundo sumido en una profunda tristeza tenia la vista clavada en el suelo como si quisiera desenterrarla y volver á encontrar sus miradas.

Luego que terminó la ceremonia, el Maestre llevó á Raimundo aparte.

—“Querido hermano! mucho conviene que no os dejeis dominar tan visiblemente por el dolor que os causa la pérdida de vuestro escudero, al menos para que los hombres de armas y demas camaradas no adviertan lo mucho que la queriais. Derramad vuestras lágrimas en secreto y donde no os vean. Desde mucho tiempo tenia yo conocimiento de vuestro desliz pero la política exigia que tuviese miramientos para con un Príncipe de la Orden. Me parece espero que me habeis comprendido? . . . Querido hermano, hay ciertas cosas que tenemos que castigar en otros, y que, cuando se trata de

nuestros iguales . . . cerramos los ojos sobre ellas para evitar mayores turbaciones.”

El ejército regresó victorioso á Jerusalem. Los Templarios oían dó quiera elogiar sus hazañas, como que fueron los primeros en el combate, y los que habían puesto en fuga al enemigo, mas la palma del heroismo se la atribuían con especialidad á la tropa comandada por Raimundo.

El Gran Maestre, en cumplimiento de la etiqueta y observancia de los Estatutos, presentó su humilde homenaje en la audiencia de Su Magestad. El rey á su vez le prodigó en presencia de la corte los elogios y parabienes que por tan señalado triunfo eran debidos á los Caballeros de la Orden.

El Maestre contestó con su habitual reserva y aparente humildad: “Si el Señor no guardase á Sion en vano vigilarían los que velan por ella. No es á nuestro valor, es á Dios á quien únicamente se debe el buen éxito. El ostenta su virtud en los débiles, sirviéndose á veces de un instrumento frágil para obrar la salvacion de sus elegidos. ”

20.

**Temblores de muerte anuncian el
término de la peregrinacion.**

Lloraba de placer la pobre Elisa cuando llegaron á su claustro las nuevas de haber salido victoriosos

los cristianos por las hazañas heroicas del hombre á quien amaba, y viendo que la muchedumbre de heridos que traian del combate eran inagotables en sus alabanzas á Raimundo, daba gracias al supremo Criador, y le bendecia de rodillas, y llena de inefable gozo con la dicha de haber tenido por amante al noble y piadoso guerrero á quien ya se nombraba como al salvador de la cristiandad en el Oriente.

Pero tambien llegaron á sus oidos las bellas acciones del escudero, del que corria un vago rumor de que era una hermosa doncella sarracena.

Esta historia, por inverosimil que pareciese, hiirió su alma como si fuera un rayo. Ah! era para ella demasiado clara.

—¿Con qué ese era tu intento, dijo sollozando interiormente, y esas son las cosas que apenas se conocen cuando ya se han efectuado? ¿esa era la chispa que yo habia dejado caer en tu corazon y que debia estallar y devorarte, á ti y á tu amor? Ah! sí; te comprendo por fin Y yo suspirando te decia: De las llamas se forman las estrellas! y miraba hácia el cielo. Ah! tú eras la llama de mi corazon ¿y no serás ahora mi estrella? Si, si, apoderáse de mí un estremecimiento desconocido y siento unos temblores de muerte que me anuncian el término de mi peregrinacion.

En cuanto á Raimundo, agoviado ya de tanta lu-

cha, debilitado por sus heridas, mas aun por el abatimiento moral que de él se habia apoderado pasaba sus dias como si fueran un triste y continuado ensueño. Su inteligencia y su corazon se habian entorpecido. No podia hacer en la Orden otra cosa que oír misa y rezar, procurando acortar el tiempo entreteniéndose en las leyendas de los Santos. Pero esa misma ocupacion la observaba solamente por razones de decoro y conveniencia. Asistía á los sagrados misterios sin lograr recogerse en espíritu delante de Dios; oraba, aunque su corazon estaba lejos de lo que pronunciaban sus lábios, y recorría páginas sobre páginas sin que al concluir pudiese darse cuenta de lo que habia leído.

Con la muerte de Súlamis se habia apagado en él la última chispa de entusiasmo, rasgándose ante sus ojos un velo que por la vez primera le dejaba ver los objetos y circunstancias bajo un aspecto tan nuevo y tan claro que, cual un náufrago que se despierta en una isla desconocida, era forzoso que se hallase confuso y se perdiese en sus propias ideas como en un laberinto.

La precipitada resolucion de Elisa le sumergió en nuevas zozobras, y volvió á arrojarle de nuevo en las tormentas y luchas de la vida.

— “Ese es el premio del héroe! dijo suspirando al fin de sus melancólicas reflexiones. Empieza su carrera de un modo brillante y se desvanece en la

oscuridad y en las tinieblas! Soy yo todavía el temible Príncipe de la Orden, el terror del enemigo, el adorno de la caballería cristiana? Vana ilusión! Un pobre achacoso de cuerpo y de espíritu, á quien ni siquiera le queda el miserable orgullo de haber permanecido fiel á los votos de su orden—ah! cuán grande es la ilusión del hombre al lanzarse en su carrera y cuán distinta de la idea que surge de volver hácia atrás los ojos después de haberla recorrido! ¿Por qué aprendemos la prudencia al tiempo de morir, y principiamos á ver la vida después de la peregrinación al través de mil fantásticas ilusiones?”

En tan terrible crisis el único refugio para Raimundo era su hermana. Ella había descubierto en sus paseos solitarios una senda oculta por la que sin ser vista podía deslizarse hasta uno de los espaciosos jardines contiguos al Temple. Allí, en un sitio apartado y protegido contra los rayos del sol por un recinto de acacias y palmeras, y perfumado por el hinojo y el jazmín, se buscaban entreambos á una hora señalada, y la buena monja Carmelita consolaba á su afligido hermano con graves discursos y razonamientos y recuerdos de la lejana patria.

De este modo se pasó un mes, y el alma de Raimundo principió á tranquilizarse con la tierna simpatía de su querida hermana, cuyo corazón tanto armonizaba con el suyo. Tal era el fin á que ella

aspiraba; pero, conociendo á fondo el espíritu humano que nunca cede á un impulso violento esterior y que prefiere ser guiado de un modo insensible, la discreta y hábil consejera llamó el tiempo en su auxilio.

La mañana de un día sereno y despejado, presentóse Ana á la puerta de la celda de su hermano en el acto mismo en que este acababa de despertar de un sueño apacible y reparador. Besóle en la frente, y apretándole la mano le miró con rostro cariñoso diciéndole: Figúrate que son los buenos días que te dá tu Elisa!

—Ana! por qué renuevas esas heridas?

—Para curarlas,

—En el sepulcro.

—Oh no! en la vida! Yo diviso tu horizonte!

Haz un viaje conmigo al Carmelo, hagamos una visita á los solitarios del Líbano; allí se elevará tu espíritu al lado de los gigantes cedros, en vez de desvanecerse entre estas sombrías paredes.

—Mas . . . volveré á ver á mi Elisa?

—La verás!

—Que enigma!

—Ella te ama siempre con indomable ardor. Huid juntos hasta las costas de Joppe; desde allí os conducirá un buque á Roma donde hareis vuestra súplica á los pies del Santo Padre, seguros de conseguir vuestra dispensa. Desde aquel momento

quedais libres para hacer vela hácia la amada patria, ó hácia cualquiera otra parte, y entonces podreis vivir en paz y ser dichosos con la íntima union de vuestros corazones.

—Y me evadiré de la secreta venganza de la Orden?

—En Occidente no son tan poderosos los Templarios, y despues que te hayan absuelto ¿qué mas puedes desear?

—Mas se requiere dinero, y si hoy salgo de la Orden, aunque soy un Príncipe de ella, mañana solo será un mendigo.

—Todo está previsto. Tu Súlamis tenia una gran cantidad de alhajas de oro y plata y muchas perlas y diamantes, y al salir en busca tuya para morir á tu lado, me las confió en depósito: “Eso me servirá de dote, dijo, si logro libertarle y huir con él; y quedará para Elisa, si muero á su lado en la confusion del combate, para que mi querida amiga pueda todavia ser feliz despues de tantos dolores. Mas, si continúa en el claustro, seria entonces la herencia que á Raimundo le dejo para que con ella procure su mas alto bien y salga de la Orden; y por fin, si él muriese á manos de los enemigos, ó de cualquiera otra suerte desapareciese, tu serás su heredera.”

Querida, ¿para qué necesito tesoros? la dije, cuando tengo ya el corazon sosegado.

—Entonces entrégalo á la Orden en rescate del quebrantamiento de los votos religiosos de Raimundo. Esto lo dijo como Sarracena. Mira, hermano! el modo no es lo que mas importa. Busca entre los cristianos un corazon que valga lo que el suyo. Ni el de tu Elisa le es superior.

—Ah! ese tampoco puede ya ser mio; ella se ha jurado al cielo!

—El cielo no debe ver con agrado que una jóven le brinde con su amor como abandonando una deuda de difícil cobro, y por que en el festín de la vida no logró el asiento que era de su gusto. Hermano! paréceme sin embargo que eres un hombre sensato. ¿Y no ves mas adelante? no tienes mas penetracion? Es posible que tu razon se haya dejado embaucar á tal extremo por las preocupaciones y sofismas de la Orden? O bien tu iniciacion ha destruido en ti todo discernimiento, ó te formas en tu propio espíritu una fantasma rodeada de lastimeras ilusiones; y por eso se venga tan terriblemente tu razon entregándote de una vez á la desesperacion y al caos.

—Ah! hermana, la hora de su venganza ha llegado mucho tiempo há. Pero, me dirás tu tambien por qué te has hecho monja?

Ana bajó sollozando la vista. Hermano! no me preguntes. La vida del hombre es una telaraña, pónese todo conato en tejerla primorosamente, pero vienen las tormentas del destino y todo el trabajo

queda aniquilado. Lo que hice lo hice de mi propia voluntad.

—No puede ser! Te engañas á ti misma! Tu corazón es tan poco libre como el de cualquier muger.

—Hubo un tiempo en que lo fué! contestó dando un amargo suspiro. Mas, Dios sea loado, que ahora gozo de tranquilidad. Pretendes acaso que una muger sea un angel? sus dolores, sus ansias, sus encantos, sus alegrías, todo lleva por objeto vuestra dicha en la tierra, todo lo ordena para vuestra satisfaccion y dirige á vuestro provecho. No me preguntes lo que me ha traído aquí. Ahora precisamos recobrar mucho valor, porque tenemos que emprender una nueva peregrinacion. ¿Por qué pues entristecemos y abatirnos con esas penosas incursiones en los laberintos de lo pasado! Recuerda que eres un hombre!

Ana conocia el arte de despertar en el corazón de su hermano el valor que se necesita para querer vivir, y Raimundo empezó á esperar de nuevo confiando en sus promesas.

Por mediacion de algunos amigos que tenia en la Orden, quedó resuelto que, no pudiendo ser útil Raimundo en el teatro de las guerras de la cristianidad, se utilizasen sus conocimientos en otra parte; y que en su virtud, el Maestre le encargaria de una comision cerca del rey de Sicilia, con el doble objeto

de que con aquel viage se recrease su ánimo y se restableciese su salud.

Elisa que en vano se habia afanado en apagar los restos de la amorosa llama que en su corazon ardia, aceptó sin vacilar el plan que Ana le indicó de acompañar á Raimundo en calidad de page, hasta que hubiese desempeñado su encargo en la corte del Rey, y seguir despues con él hasta Roma. Para lograr la dicha y la libertad, con el fin de que su ausencia no se notase demasiado pronto, Ana se habia decidido á reemplazarla por algunos dias en el convento del Hospital hasta que ella y Raimundo se hubiesen embarcado y estuviesen fuera de alcance. El hábito de nuestra Orden, decíale á Elisa, el velo que casi continuamente os cubre el rostro, todo favorece mi proyecto. A la primera ocasion favorable desaparezcó yo también, pues ya me he despedido de mi claustro, y me creen en camino de regreso hácia el Carmelo.

El plan que Ana urdió con astucia para hacer felices á su hermano y á Elisa se llevó á cabo con felicidad.

Ya habia pasado el cuarto dia desde su salida de Jerusalem, y Ana estaba representando con acierto su papel en el claustro del Hospital, cuando una infeliz casualidad vino á desbaratarlo todo. La penetrante mirada de las religiosas habia notado cierta semejanza entre ella y Elisa, que al principio fué

solo objeto de sus conversaciones particulares, pero que despues llegó á noticia de la Superiora.

Sin embargo, esta no procedió á investigacion de ninguna clase.

Pero hallándose todas las hermanas reunidas en el refectorio, el viento del oeste, que en verano en aquellas regiones suele levantarse de repente, abrió de súbito las hojas de la ventana, ocasionando una impetuosa corriente de aire. La Superiora quizá sin la menor intencion, ordenó á Ana cerrase la ventana, pero al tiempo de ejecutar el mandato, una nueva ráfaga descubrió su rostro y fué reconocida.

—Traicion! traicion! gritó la Superiora. Ah! yo seguia toda esta trama de astucias y atrevimientos. Confiesa miserable! ¿qué has hecho de Elisa! Apoderaos de ella y que sufra el condigno castigo.

—No la he llevado á parte alguna, contestó la noble jóven con la mayor serenidad, y si creísteis encontrar en mí una traidora, os habeis engañado infinito.

—Ah! si sabe pues, desgraciada, que sufrirás las penas que pretendes ahorrar á tu cómplice. Serás emparedada en su lugar.

—No me espanta lo que me decis. Ya lo habia previsto, y me entrego gustosa á mi horrible destino.

—La Iglesia exige satisfaccion por perjuicio y por el sacrilegio. La criminal ha huido, pague pues la seductora por la seducida.

—Dios sea loado! contestó Ana; no podeis comprender el gran favor que me dispensais.

La política del Gran Maestro.

Por mas que se guardó secreto sobre la escena que habia pasado en el claustro del Hospital, corrió por la ciudad el rumor de que una monja iba à ser emparedada viva.

Una de las primeras personas que de ello tuvieron noticia fué la Superiora de las Carmelitas. Esta se apresuró à ver al Patriarca reclamando la persona de Ana como súbdita suya, quizá con el intento de salvarla; mas el Patriarca, que casi en todas ocasiones favorecia sin embozo à la Superiora del Hospital, se opuso abiertamente y sostuvo que el derecho de esta última debia atenderse con preferencia.

El Maestro de los Templarios, calculando con exactitud sobre un hecho cuyos antecedentes conocia mejor que nadie, adoptó el partido mas prudente. Despachó en secreto y con la mayor celeridad à un caballero de toda su confianza, con el encargo de apurar à Raimundo à fin de que se embarcase sin demora, y de entregarle, cuando ya estuviese en salvo, una solemne y honorifica carta dimisoria, con un mes

por lo menos de antelacion en la fecha, en la que se esponian los motivos de su ausencia y se expresaba que en razon de sus graves heridas no podia ya servir à la Orden, en cuya virtud habia solicitado su retiro, que la citada dimisoria otorgaba en toda forma.

El Maestre, á pesar de su severidad sabia demasiado bien que para que la Orden conservase la consideracion que obtenia de la generalidad del público, era preciso, almenos cuanto posible fuera, disimular las faltas de alguno que otro de sus miembros, para evitar la desmoralizacion del gran número.

Mas entretanto vientos contrarios habian detenido á Raimundo y Elisa en el puerto de Joppe: y aun antes que el chasque del Maestre, llegó á su noticia el peligro que corria la Carmelita.

— No consentiré que Ana sea sacrificada por nosotros! decia Elisa. Volvamos atrás. Me siento arrastrada irresistiblemente por mi destino. ¿Como ser feliz sabiendo que por mi causa habia perecido la hermana de mi esposo?

Regresaron pues hácia Jerusalem resueltos á encontrar la muerte. Raimundo y Elisa, iban á someterse al castigo. Sabian lo que les aguardaba, pero sentian igualmente que una vida de continua separacion no seria para ellos mas que una prolongadaagonia.

— ¿De qué sirve esta miserable vida? decia Elisa con melancolia. Si huimos y emparedan á tu hermana

en lugar mio, nunca podemos ser dichosos. Cada placer será un remordimiento, y entre cada abrazo se interpondrá la pálida y desfigurada fantasma de la pobre víctima. Si volvemos y nos otorgan como una gracia nuestra eterna separacion, la tristeza nos consumirá hasta la hora postrera de nuestra vida. Vamos mas bien al encuentro de nuestro sacrificio, ¡solo él puede apagar la llama que nos devora! Si, por Dios! cuando nos hayan bajado á nuestra bóveda, ya se habrá concluido todo, ya se habrá terminado esta vida de sacrificios y angustias!

Asi se consolaban mutuamente en el camino, cuando á distancia de una milla de Joppe vieron venir á su encuentro al hermano Guido acompañado de algunos hombres de armas.

— Mira, Elisa, ya vienen á prenderme. Tengamos ánimo para ir con ellos al encuentro de la muerte.

Al acercarse Guido hizo seña á su gente para que se quedase atrás, y se dirigió hácia Raimundo.

— Guido! exclamó aquel, me acojo á la generosidad de la Orden!

— Por cierto que no se trata de eso, contestó Guido interrumpiendole y puso en sus manos un despacho, del tenor siguiente: La merced del gran Maestre os envia su cordial salutacion y buen acogimiento... y aunque en razon de vuestros recientes desmanes para con la Orden y nuestra santa regla, y principalmente á causa del amor y rapto de una

doncella consagrada á Dios, habeis merecido la muerte por hambre en las bóvedas del Temple; no obstante, y prévio el ascenso del ilustre Capitulo, el cual reconoce agradecido vuestros meritos para con la cristiandad en pro de la cual habeis sacrificado vuestra sangre y salud, y con el doble objeto de evitar todo escándalo entre los seglares, el Maestre os remite todos vuestros votos, deberes y obligaciones, y os declara, aunque con toda honra, escluso de la escelsa Orden. Inclusive hallareis vuestra carta dimisoria.

— Ya sabeis hermano, continuó Guido, que el Gran Maestre no obra de este modo con mucha frecuencia, y mucho menos cuando se trata de asuntos que atañen al corazon; mas este es un golpe de politica; y por esta causa vuestra carta dimisoria viene con un mes de antelacion en la fecha, que de este modo conviene poco mas ó menos con la de nuestra retirada despues de la última accion con los Sarrazenos. Así nadie podrá decir que un Templario ha cometido un rapto y se ha fugado con una religiosa; pues en la época del suceso estábais ya fuera de la Orden.

— Sin embargo, todavia me alcanza la incomunicacion de la Santa Iglesia, y á esto no puedo sus- traerme.

— Aguardad, hermano! Elisa era vuestra querida con antelacion á los votos, y esta circunstancia los

•

anula ya de derecho. Ahora bien, despues de haber pronunciado libremente los votos, habeis hallado de nuevo á vuestra desposada, que creiais muerta, y por tanto reclamais...

— Pero mi Elisa!

— Si quiere regresar á Jerusalem (aunque no hay precision para ello) el Patriarca le dispensará sus votos, privadamente, sin que nadie se oponga.

— Quién! el Patriarca tan rígido y tan celoso?

— Oh! El Maestre sabe muy bien tornarlo manso como un cordero. Hablemos en confianza. En toda esta historia, el Maestre se mostró muy taymado, lo que en otras ocasiones le sucede raras veces, pues le gusta mucho darse aire de bien aventurado; pero al presente parecia quererse entregar á Lucifer. “El cura no ha de salir con la suya”, gritaba dando patadas en el suelo. “No ha de conseguir desacreditar á mis súbditos y á los suyos propios en la opinion de los seglares, tan solo por sacrificar una victima á su amor propio de Prelado. Esto lo debo yo estorbar por el honor de toda la Cristiandad de Oriente y Occidente. Ni tampoco es prudente coloquemos por fuerza en manos del Rey una varilla para que nos dé con ella en los dedos cada vez que se le antoje”. Parece que el Maestre tiene al Patriarca completamente en su poder. Existen muchos arcanos en nuestro archivo secreto. . . Por otra parte la jóven monja carmelita, vuestra hermana, que puede lla-

marse una joven discreta y entendida ha obrado maravillas con el Maestro, sin que pueda comprenderse la causa... Si quereis regresar conmigo á Jerusalem podeis hacerlo. En cuanto á vos, señor hermano, es preciso que mandeis el traje y dejeis las insignias de caballero. Contad siempre con la hospitalidad y la proteccion de nuestra casa. Sereis bien venido entre nosotros, y ningun hermano permitirá que suceda el mas mínimo disgusto.

22.

La hora del perdon.

Entretanto Ana encerrada en la cárcel esperaba con resignacion y serenidad la hora de su muerte. Por último llegó el dia decisivo.

Para llenar las formalidades se celebró una corta deliberacion respecto á ella.

El Patriarca y los altos dignatarios eclesiásticos presidian el consejo, que despues de cortas observaciones decretó el emparedamiento por unanimidad de votos.

Ana oyó la sentencia sin murmurar y exclamó elevando los ojos al cielo. “Padre! Dios de las misericordias! pronto llegará el feliz momento en que li-

bertes á una pobre criatura que solo ha seguido tus propias inspiraciones!

Y dirigiendose á la Asamblea dijo: Vosotros me asesináis injustamente! Dios os perdone, como yo os perdono, y espero que tambien me redimirá de todas mis culpas por un efecto de su divina piedad. Estais obcecados y pensais ofrecer al Altísimo un sacrificio agradable, cuando desvia su vista de vosotros para separarla del crimen que vais á cometer.”

Ya se disponian á conducirla á las bóvedas de la Iglesia para emparedarla, cuándode repente se abrió la puerta de la sala del Capitulo, y apareció el Gran Maestre en traje de ceremonia, acompañado de los principales dignatarios de la Orden, y de un gran número de caballeros del Temple. Todos ellos vestian el traje talar que usaban en comunidad, mas por entre las capuchas blancas, brillaban los petos y cotas de malla y debajo de los mantos del Temple cuya insignia era una cruz roja, se descubrían las puntas de las espadas.

El gran Maestre se aproximó á la mesa del tribunal, y depositando en ella su espada desenvainada, dijo:

“Protesto contra este juicio, en nombre de Dios, de la humanidad, y de nuestra escelsa Orden, de la cual se ha prescindido. Ana es inocente!

El Patriarca cuyo orgullo se sentia herido en lo

mas vivo, tornóse rojo de cólera, y le amenazó con la excomunion.

— Nada me importan vuestras amenazas, dijo el Maestre. ¿Creeis acaso que desconozco mis derechos? El Santo Padre nos ha declarado exentos para siempre del entredicho y toda clase de censuras eclesiásticas. Vuestros rayos son meteoros apagados... pero nuestras espadas cortan y nuestros tiros aciertan. Y será aquí, Señores, en Jerusalem, donde Jesus, nuestro Divino Redentor murió por los pecados del mundo, y muriendo rogó á su Padre Celestial por sus mismos asesinos, será en este lugar, repito, en que á cada paso encontramos recuerdos de su amor, de su sacrificio y su misericordia, donde vosotros ejerceréis la venganza? donde la gracia y perdon del Dios Hombre se ha derramado sobre todo el género humano!... Pero aquí se trata del honor de toda la Cristiandad. Preciso es cubrir con el manto de la caridad algunas debilidades, aun cuando acontecen entre personas dedicadas al servicio de Dios. Si quereis santificar á vuestros subalternos, dignísimos señores, santificáos primero á vosotros mismos. En nuestro archivo secreto existen irrecusables testimonios de vuestra infamia, Reverendo Patriarca, digna superiora, y de la vuestra, religiosos y religiosas que me escucháis—Todos nosotros somos unos pobres pecadores!... pero entretanto, callamos, y mis Tem-

plarios os saludan con profunda humildad y reverencia, y sacan su birreta ante muchos de vosotros, á quienes de buena gana escupirian en la cara. Nosotros os defendemos, y hablamos bien de vosotros á fin de evitar discordias. Mas si quereis á la fuerza destruir vuestro propio reino y arruinar vuestro prestigio, acumúlense enhorabuena discordias sobre discordias, abandonaos á vuestra antigua barbarie, añadid crimen á crimen, infamia á infamia, para perder de una vez el último vestigio de respeto de parte del público. Está bien!... Nosotros daremos el último golpe, y haremos saber á todos, cuanto habeis hecho de vergonzoso y... sereis perdidos.

— Esas son blasfemias! gritó el Patriarca.

Pero el gran Maestre le tomó de la mano, y llevándolo á un rincón detrás de una de las columnas, le dijo unas cuantas palabras al oído.

— Me habeis comprendido, dignísimo Señor?

— Perfectamente, contestó el Patriarca y absolvió á la monja Carmelita. Los demás siguieron su ejemplo.

— Eso es justo y decente, dijo el gran Maestre; pues á un tiempo usamos y recibimos merced. Sin embargo, deseo además que se remitan los votos á la hermana del Hospital que ha fugado, como que prescindiendo de su fuga, los votos de que se trata son nulos é inválidos por haber sido la desposada del señor de Percy antes de entrar en el claustro.

— Tambien se otorgará, contestó el Patriarca.

— Dios sea loado, dijo el Gran Maestre, levantando las manos al cielo. El nos ha librado del pecado y de la injusticia. Hemos ejercido la misericordia para que á su vez El nos retribuya con la misma; perdonad hermanos y hermanas, si en mi celo por la buena causa, me he propasado algun tanto; no soy hombre de letras, y sé mejor manejar una lanza ó una espada que acomodar espresiones y adornar un discurso. Creedme: mas vale hacer gracia á ciento que condenar á uno solo. Nos hallamos en una tierra estraña y rodeados por todas partes de paganos y enemigos de la fé cristiana. Preciso es que hagamos lucir el buen ejemplo y procuremos encubrir las faltas, como quiera y donde quiera que acontezcan Permanescamos unidos y ningun poder logrará avasallarnos mas. Si las divisiones reinan entre nosotros, concluyóse nuestro reino en el Oriente.

En aquel momento entraron Raimundo, y Elisa y se postraron á los pies del Patriarca.

El patriarca los absolvió.

Inmediatamente se arrojaron entre los brazos de la buena Ana bañada con las lágrimas de una alegría inefable viendo que su valor y resignacion habian salvado á los dos esposos.

— Concluid vuestra noble obra, dijo el Gran Maestre al Patriarca, unid á los dos amantes.

— Cómo! el novio es un Temp'ario?

— Perdonad; desde la retirada de la última campaña contra los Sarracenos ha cesado de serlo.

La comitiva se dirigió á la Iglesia y el Patriarca dió á Raimundo y Elisa su solemne bendicion.

— Lo que he hecho, dijo el Maestre á la feliz pareja cuando estuvieron de vuelta en el Temple, ha sido un sacrificio sobre el altar de la humanidad, á la que tan raras veces se me presenta la ocasion de sacrificar, porque el austero deber me tiene aprisionado entre la rigurosa é inflexible regla. El tesoro que al morir te dejó la hermosa Sarracena será nuestro. La Orden no precisa de oro ni de alhajas mientras la fé y la virtud animen á sus miembros.

La monja Carmelita se sonreia y se hallaba como transfigurada por las lágrimas que el placer le hacia derramar.

El Gran Maestre la estrechó en sus brazos y la besó. Tú, bendita criatura, le dijo, tú me has dado la ocasion, no de hacer una accion grande, pero de hacer una accion buena. A tí debo las primeras lágrimas que despues de treinta y ocho años vuelvo á derramar por el placer de haber obrado bien. El anciano no se averguenza de que el dulce rocío de la humanidad humedezca sus ojos.

Ella tomó su báculo con los cascabelillos, abrazó callada á la feliz pareja y se dirigió hácia la puerta.

— ¿Adonde vais, querida hermana?

— Vivid felices y gozosos! y o me vuelvo al Carmelo y rogaré á Dios para que bendiga vuestra dicha. Adios!

— No, no! vendreis con nosotros, exclamaron ambos á una.

— Dejadme. Vosotros vais al encuentro de vuestra felicidad, y yo busco la mia. Me retiro tranquila y satisfecha.

Todo lo que pudieron alcanzar los esposos fué que los acompañase hasta Joppe. Demoróse con ellos por algunos dias en el puerto y bendiciéndolos con toda la ternura de su corazon, les estrechó la mano al hacerse á la vela el buque que los conducia á su amada patria. En seguida se retiró á las soledades del Carmelo.



14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.

Renewed books are subject to immediate recall.

16Apr'64V1

REC'D LD

APR 2'64-12 M

LD 21A-40m-11,'63
(E1602s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

